



Sede Educativa
Escuela Superior de Guerra
"Tte. Grl L. M. Campos"

**TRABAJO FINAL INTEGRADOR DE LA
ESPECIALIZACIÓN EN HISTORIA MILITAR CONTEMPORÁNEA**

**Título: "Primera Guerra del Líbano. Surgimiento de Hezbolá y la utilización del
terrorismo como arma estratégica en el conflicto árabe-israelí"**

Que para acceder al título de Especialista en Historia Militar Contemporánea

presenta el alumno: **TC FACUNDO MARTÍN FEDERICO ZORZI**

C.A.B.A 27 de Agosto de 2018.

ABSTRACT

Historia Militar Contemporánea: Primera Guerra del Líbano. Surgimiento de Hezbolá y la utilización del terrorismo como arma estratégica en el conflicto árabe-israelí.

RESUMEN

La Primera Guerra del Líbano (Año 1982), más conocida por el nombre Operación “Paz para Galilea” que fue el nombre que le pusieron los israelíes a la invasión del sur de dicho país, fue un conflicto de gran complejidad por la gran cantidad de actores estratégicos involucrados ya que el Líbano se encontraba en esos momentos atravesando por una guerra civil.

Tras la ocupación israelí, los palestinos y otros grupos surgidos de la comunidad chiita libanesa (entre los que se destaca la organización Hezbolá) inician una campaña de guerrillas, terrorismo y ataques suicidas con los que fuerzan a los israelíes a retroceder de nuevo al sur del río Litani hasta el límite de la llamada “zona de seguridad”. En este conflicto donde Hezbolá utiliza las actividades de guerrilla irregular y sobre todo el terrorismo como arma para doblegar la voluntad israelí y la de la Organización de Naciones Unidas, podemos encontrar el germen de estrategias y tácticas de combate que rigen el carácter de la guerra contemporánea.

Palabras claves: Guerra Fría – Conflicto árabe-israelí – Operación “Paz para Galilea” – Panarabismo – Islamismo – Organización para la Liberación de Palestina (OLP) – Hezbolá – Terrorismo – Carácter de la guerra contemporánea.

INDICE

INTRODUCCIÓN	1
CAPITULO I LA GUERRA FRÍA Y EL ESCENARIO GEOPOLÍTICO DE MEDIO ORIENTE	8
La Guerra Fría	8
La región geopolítica de Medio Oriente	11
El nacimiento del Líbano	13
El conflicto árabe-israelí	15
El problema palestino	24
La Guerra Civil en el Líbano	26
Conclusiones parciales	30
CAPITULO II OPERACIÓN “PAZ PARA GALILEA”	32
Antecedentes inmediatos del conflicto	32
Principales actores del conflicto	34
Operación “Paz para Galilea”	40
Acontecimientos importantes posteriores a Operación “Paz para Galilea”	46
Conclusiones Parciales	51
CAPITULO III EL SURGIMIENTO DE HEZBOLÁ Y EL CARÁCTER DE LA GUERRA CONTEMPORÁNEA	53
La Revolución Islámica Iraní	53
El surgimiento de la organización chiita libanesa Hezbolá	56
La evolución de los conflictos armados y el carácter de la guerra contemporánea	61
Conclusiones Parciales	78
CONCLUSIONES	79
Conclusiones finales	80
Aporte profesional	82

Introducción

La Primera Guerra del Líbano, más conocida por el nombre de Operación “Paz para Galilea”, que fue el nombre que le pusieron los israelíes a la invasión del sur de dicho país, fue un conflicto de gran complejidad por la gran cantidad de actores estratégicos involucrados, ya que el Líbano se encontraba en esos momentos atravesando por una guerra civil.

Luego de haber sido expulsados de Jordania en septiembre de 1970, los miembros de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) mudaron su centro principal de operaciones al sur del Líbano, donde ya vivían una gran cantidad de refugiados palestinos desde 1948. Ante esta amenaza a su tradicional control sobre el país, los cristianos maronitas comenzaron a armarse para un enfrentamiento que parecía inevitable. En 1975, frente a los enfrentamientos de las distintas facciones religiosas, el gobierno libanés, muy debilitado, no pudo mantener el orden, lo que desembocó en feroces enfrentamientos en la capital Beirut entre cristianos del oriente de la ciudad y palestinos de los diversos campos de refugiados que había en las afueras de ella, y que se expandieron pronto al resto del país. Ante los enfrentamientos entre grupos nacionalistas, derechistas y cristianos contra palestinos e izquierdistas, el gobierno nacional libanés pidió la intervención de una fuerza de la Liga Árabe (formada principalmente por soldados sirios), que terminó por apoyar al gobierno controlado por los cristianos. La ciudad capital, al igual que el resto del país, quedó dividida entre los distintos bandos que combatían constantemente entre sí.

En este contexto y ante los ataques de los milicianos palestinos del sur del Líbano a su territorio, Israel decidió lanzar en 1978 una ofensiva militar destruyendo sus bases y forzándolos a retroceder al norte y ocupar el territorio junto a las milicias cristianas, dejando como límite el río Litani. En 1982, ante los ataques de los milicianos palestinos provenientes del centro del Líbano, las tropas israelíes lanzaron una nueva campaña hacia el norte, la Operación “Paz para Galilea”, derrotando tanto a los palestinos como a sus aliados

izquierdistas y sirios. Tras la ocupación israelí, los palestinos y otros grupos surgidos de la comunidad chiita libanesa (entre los que se destaca la organización Hezbolá) inician una campaña de guerrillas y ataques suicidas con los que fuerzan a los israelíes a retroceder de nuevo al sur del Litani hasta el límite de la llamada “zona de seguridad”, dejando solos a sus aliados cristianos maronitas. Frente a la situación del país, tropas de la ONU se establecen en el Líbano, principalmente en el sur y tratan de reorganizar el gobierno y las fuerzas armadas libanesas, además de una fuerza de coalición formada por EE.UU., Francia, Italia y Gran Bretaña que intenta restablecer la paz en la capital pero termina fracasando.

La Primera Guerra del Líbano es un conflicto poco estudiado ya que los analistas militares han puesto el centro de gravedad de sus trabajos en los conflictos convencionales de 1967 (Guerra de los Seis Días) y 1973 (Guerra del Yom Kippur) pero que ha cobrado contemporáneamente un creciente interés dado que en el mismo podemos encontrar el germen de estrategias y tácticas de combate que rigen el carácter de la guerra en la actualidad.

El estudio de la Primera Guerra del Líbano y sus consecuencias sobre el conflicto árabe-israelí es sumamente importante para la Historia Militar Contemporánea ya que como respuesta a la intervención israelí de 1982 surge como actor estratégico la organización islámica chiita libanesa Hezbolá, responsable de gran cantidad de atentados terroristas no sólo en territorio libanés sino en todo el mundo. Comprender las estrategias y tácticas de combate que utiliza esta organización nos ayudará a vislumbrar los cambios más importantes y distintivos en el carácter de la guerra contemporánea.

Asimismo, el análisis de este conflicto nos permite sumergirnos en la región de Medio Oriente, y tratar de encontrar una luz en la complejidad de intereses internos y externos de esta zona compuesta por elementos religiosos, culturales, económicos, políticos y militares que hacen de esta región del mundo el centro de las problemáticas geopolíticas actuales.

La pregunta central que guía este trabajo es como incidió la Primera Guerra del Líbano en la posterior evolución del conflicto árabe-israelí. Otros interrogantes complementarios son los siguientes:

- ¿Qué nuevos actores ganaron protagonismo y qué estrategias y tácticas de combate utilizaron?
- ¿Cómo influyó este conflicto en el carácter de la guerra contemporánea?

El objetivo general del trabajo es analizar la incidencia de la Primera Guerra del Líbano en la posterior evolución del conflicto árabe-israelí y los objetivos específicos son los siguientes:

- Contextualizar a la Primera Guerra del Líbano dentro del marco general de conflictos característicos de la Guerra Fría y evaluar como incidió este conflicto en el complejo escenario geopolítico de Medio Oriente.
- Analizar la Operación “Paz para Galilea”, sus antecedentes inmediatos y los principales actores que participaron del conflicto.
- Determinar que nuevos actores ganaron protagonismo, que estrategias y tácticas de combate utilizaron y comprender como influyó este conflicto en el carácter de la guerra contemporánea.

La hipótesis que ilumina este trabajo es que la Primera Guerra del Líbano fue un conflicto enmarcado en la Guerra Fría y en el enfrentamiento árabe-israelí en el cual surge un nuevo actor estratégico, la organización islámica chiita libanesa Hezbolá, que mediante la utilización táctica y estratégica del terrorismo constituye un precedente insoslayable para comprender las características de la guerra contemporánea.

La Primera Guerra del Líbano es un conflicto que ha sido poco estudiado comparándolo con la Guerra de los Seis Días o la Guerra del Yom Kippur para las cuales existe abundante bibliografía. Dentro de los autores nacionales que se han ocupado de la misma se destacan el Cnl José Echeverría (2009) y el Cnl Omar Locatelli (2015) que se han desempeñado como Agregados Militares de nuestro país en la región de Medio Oriente.

Para adentrarnos en la temática a estudiar no podemos dejar de hacer un repaso por las características de la denominada Guerra Fría ya que el conflicto que abordaremos se haya inserto en el período histórico que comprende a esta conflagración entre dos bloques regionales que dividió al mundo. La Guerra Fría fue una competencia por la hegemonía global que durante casi medio siglo sostuvieron los principales polos del sistema internacional, EE.UU. y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), cada uno de ellos secundado por Estados aliados con diferentes jerarquías y márgenes de independencia. Este periodo histórico se caracterizó por la división ideológica (capitalismo versus comunismo) que enfrentaba a las dos grandes potencias y que hacía que se viviera en todo el planeta un clima de constante tensión e inminente amenaza por el miedo a una guerra nuclear que acabara con la humanidad. Este temor, provocó que los conflictos de índole convencional se circunscribieran a zonas alejadas de Europa, siendo uno de los centros paradigmáticos de conflicto la región de Medio Oriente.

Medio Oriente, Oriente Próximo o Próximo Oriente, es la región situada en el suroeste de Asia y el noreste de África vagamente definida por su geografía e historia. En su uso más actual, el término Oriente Próximo alude colectivamente a Egipto, Irán, Irak, Israel (incluidos los territorios autónomos palestinos de Gaza y Cisjordania), Jordania, Kuwait, Líbano, Arabia Saudita, Siria, Turquía, Yemen y los estados y emiratos dispuestos a lo largo de los márgenes meridionales y orientales de la península de Arabia, esto es, Bahrein, Omán, Qatar y los Emiratos Árabes Unidos. La región de Medio Oriente, en la cual se haya inserta el Líbano, se caracteriza por su complejidad ya que hay una intrincada red de intereses internos y externos al área compuesta por elementos religiosos, culturales, económicos, políticos y militares que hacen de esta región del mundo el centro de las problemáticas geopolíticas contemporáneas. Desde el fondo de la historia, el Medio oriente ha sido un espacio geopolítico de nexo entre tres continentes, Asia, Europa y África y tres mares, el Mediterráneo, el Rojo y el Arábigo. Asimismo este sector del mundo ha sido el escenario donde se han enfrentado los intereses geopolíticos de los imperios europeos con los intereses geopolíticos del sionismo internacional por un lado y de los pueblos árabes por el otro. Esta zona del planeta se convirtió en una de las regiones más

conflictivas del globo cuando en 1948 se creó el Estado de Israel en la Palestina que era un mandato más dentro del amplio Imperio colonial británico.

Con el título genérico de “Guerras de Medio Oriente” se hace referencia a la serie de conflictos armados que protagonizaron Israel y sus vecinos árabes a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, un lapso en el cual el enfrentamiento que sostenían EE.UU. y la Unión Soviética por la hegemonía global, permeó a esa área geográfica específica, de diferentes maneras. La Primera Guerra del Líbano es un eslabón más de los distintos conflictos que aquejaron a la región a partir de mediados del siglo veinte entre los que se destacan: la Guerra de la Independencia, el conflicto por el Canal de Suez, la Guerra de los Seis Días y la Guerra del Yom Kippur. En 1982, estalló una nueva guerra en Medio Oriente, la quinta en esta zaga, con la novedad de que el blanco de la acción militar israelí fue por primera vez el Líbano, cuyo territorio meridional fue invadido a mediados de ese año en el marco de la Operación “Paz para Galilea”. El motivo de esta acción fue neutralizar los ataques que desde ese lugar lanzaba la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) sobre el norte de Israel, y contó con la asistencia de las distintas milicias cristianas (especialmente de la Falange), grupos enfrentados tanto a los palestinos como a Siria, país que históricamente influyó en la política local. Las tropas israelíes llegaron hasta las afueras de Beirut y, gracias a la intervención de un enviado especial estadounidense, se alcanzó un cese de fuego; en su marco, unos 15 mil combatientes (fedayines) palestinos abandonaron el país hacia otras naciones árabes, mientras Arafat y su Estado Mayor se reinstalaban en Túnez. Este conflicto traería como consecuencia más importante el surgimiento de una entidad no estatal signada por un ideario islámico extremista, la organización islámica chiita libanesa Hezbolá.

Hezbolá es una organización islámica musulmana chiita libanesa que cuenta con un brazo político y otro paramilitar. Fue fundada en el Líbano en 1982 como respuesta a la intervención militar israelí y sus combatientes fueron entrenados y organizados por un contingente de la Guardia Revolucionaria iraní, país del cual reciben armas, capacitación, apoyo logístico y financiero. Hezbolá es considerada por muchos países occidentales y por Israel como una

organización terrorista por el uso táctico y estratégico que ha hecho de esta arma a lo largo de los años. Se considera que esta organización es responsable de gran cantidad de atentados terroristas no sólo en territorio libanés sino en todo el mundo.

Las amenazas más importantes a la seguridad internacional, en la actual post-Guerra Fría, se concentran en las denominadas amenazas transnacionales, una de las cuales es el terrorismo. Si bien no hay un consenso global sobre el fenómeno terrorista, se considera que este es el uso sistemático del asesinato, el daño o la destrucción, o la amenaza de ellos, para crear un clima de terror, a fin de dar publicidad a una causa, o de intimidar a un sector más amplio, para que satisfaga los objetivos de los terroristas. Asimismo, se considera que el terrorismo internacional, es la expansión de esta forma de violencia más allá de las fronteras internacionales o contra blancos extranjeros. Hoy, la amenaza que representa la estrategia del terrorismo se ha incrementado, a partir de un factor crucial: el avance de la tecnología. El avance tecnológico generaliza el empleo de explosivos, con los cuales el terrorista puede exponer su vida en un grado menor que antaño, cuando debía emplear armas blancas o de fuego portátiles para cometer un asesinato; los mencionados nuevos explosivos son más letales que sus predecesores, incrementando la capacidad de daño del terrorista; los modernos medios masivos de transporte, como los aviones, proveen tanto nuevos blancos para las acciones terroristas como mejores vías de fuga para sus ejecutores; también el salto en el campo de las comunicaciones ofrece a estas organizaciones una mejor operatividad. Sin embargo, esta “modernización” del terrorismo no se ha traducido en forma directamente proporcional en su “encarecimiento”. Por el contrario, su costo sigue siendo sorprendentemente bajo, tanto en términos absolutos como relativos, en comparación con otras opciones.

Como claramente lo postulaba siglos atrás el ilustre maestro prusiano Carl von Clausewitz el determinar la naturaleza del conflicto en el cual las fuerzas militares están insertas constituye uno de los aspectos más importantes a la hora de planificar la próxima guerra. El mundo en el que actualmente vivimos presenta características distintivas que no pueden dejar de tenerse en cuenta en

el diseño de nuestras fuerzas ya que el ambiente operacional en el que estas deberán desenvolverse limitará sensiblemente las operaciones militares que puedan ejecutarse. El carácter de la guerra está siempre sujeto al cambio, tanto como los cambios que sufre el contexto en el cual se desarrolla, más su naturaleza es fija. El pensamiento militar constituye el conjunto de puntos de vista referido a las concepciones acerca de la guerra, la estrategia y la teoría militar que existen en una determinada época y en un determinado ámbito geográfico. Se manifiesta, fundamentalmente, en las obras de los autores interesados en aquellos asuntos, en la doctrina militar, en los planes militares, así como en las mismas operaciones. El análisis de la Primera Guerra del Líbano y del fenómeno terrorista es indispensable para vislumbrar los cambios más importantes y distintivos en el carácter de la guerra contemporánea y sacar conclusiones valederas que nos permitan reflexionar sobre ese fenómeno social que es el objeto de estudio por excelencia de los profesionales de las armas.

El trabajo tendrá un diseño explicativo pues buscaremos evaluar como incidió este conflicto en el complejo escenario geopolítico de Medio Oriente, determinando que nuevos actores ganaron protagonismo, que estrategias y tácticas de combate utilizaron y comprendiendo finalmente, como influyó este conflicto en el carácter de la guerra contemporánea. La técnica de recolección de datos se hará a través de la obtención, análisis, integración e interpretación de la bibliografía escrita y digital existente sobre la problemática de estudio.

El estudio de la Primera Guerra del Líbano y sus consecuencias sobre el conflicto árabe-israelí es sumamente relevante para la Historia Militar Contemporánea pues nos permite comprender los cambios más importantes y distintivos en el carácter de la guerra contemporánea. Asimismo, el análisis de este conflicto nos permite sumergirnos en la región de Medio Oriente, y tratar de encontrar una luz en la complejidad de intereses internos y externos al área compuesta por elementos religiosos, culturales, económicos, políticos y militares que hacen de esta región del mundo el centro de las problemáticas geopolíticas actuales.

Capítulo I: La Guerra Fría y el escenario geopolítico de Medio Oriente

Este capítulo tendrá por propósito contextualizar a la Primera Guerra del Líbano dentro del marco general de conflictos característicos de la Guerra Fría y en el marco particular del escenario geopolítico de la región de Medio Oriente. Las técnicas empleadas son la obtención, análisis, integración e interpretación de la bibliografía escrita y digital existente sobre la problemática de estudio.

La Guerra Fría

La finalización de la Segunda Guerra Mundial en 1945 dio inicio a un período de la historia de la humanidad que se conoce como Guerra Fría. Este conflicto que se desarrolló durante casi toda la segunda mitad del siglo veinte presentaba al planeta dividido en dos bloques antagónicos ideológicamente cuyos intereses enfrentados condicionaban todos los acontecimientos que tuvieran relación con el sistema internacional. La Guerra Fría fue una verdadera competencia por la hegemonía global que sostuvieron los principales vencedores de la Segunda Guerra Mundial, EE.UU. y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), que constituían las cabezas de bloques aliados que pugnaban por sus intereses a lo largo y ancho de todo el planeta. El bloque comunista o prosoviético, liderado por la URSS, se integró con todos los estados que habían asumido como modelo político al socialismo y como modelo económico al comunismo. Por su lado, el bloque occidental fue liderado por EE.UU. y defendía la democracia liberal como sistema político y la economía capitalista. En la Conferencia de Postdam (1945) quedaron claramente plasmadas las esferas de influencia del mundo capitalista, por un lado, y del bloque comunista por el otro. El nuevo enfrentamiento entre la URSS y EE.UU. y sus aliados comenzó a ser percibido como un conflicto inevitable.

Ante este escenario, los EE.UU. aplicaron en un primer momento (1947) lo que se conoció como la Doctrina de la Contención que buscaba recuperar el equilibrio de poder en el planeta, sin tener que eliminar completamente a la URSS, como sí se hizo durante la Segunda Guerra con la rendición incondicional de Alemania y Japón. Esta doctrina se basaba en la idea que sería sumamente difícil modificar la forma de

pensar de los líderes soviéticos, que percibían como hostiles y amenazantes a los norteamericanos capitalistas, porque esa percepción los ayudaba a justificar el totalitarismo de izquierda que caracterizaba a sus medidas políticas. Por lo tanto, la conducta estadounidense no debía perder tiempo en tratar de cambiar la manera de pensar de los soviéticos, porque no lo lograrían; los esfuerzos debían orientarse a plantarse con firmeza frente a los soviéticos en aquellos temas que hacían al interés norteamericano, en el convencimiento que tal firmeza llevaría al Kremlin a autolimitarse en su política externa. En este sentido, la Doctrina de la Contención incluía tres componentes: primero, mantener el equilibrio de poder global, evitando que la URSS lograra el control de los polos económicos que no eran propios ni estaban bajo control directo de los EE.UU. (Gran Bretaña, Europa Occidental y Japón), a los que había que ayudar en su recuperación; segundo, limitar la influencia soviética más allá de sus áreas de control, fomentando la división del movimiento comunista internacional; finalmente, el tercer elemento consistía en lograr la modificación de la conducta externa de Moscú, promoviendo un acuerdo político global que disminuyera las tensiones globales y lograra un equilibrio estable.

La Doctrina de la Contención comenzó a ser dejada de lado en 1949 por cuatro acontecimientos que provocaron que se adoptara una postura más dura con los soviéticos, a saber: el estallido de la primera bomba atómica de la URSS, el triunfo en china de la revolución comunista de Mao Tse Tung y las crisis en Checoslovaquia y en Berlín respectivamente. Este endurecimiento en la posición del bloque capitalista quedó plasmada en la formación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), una alianza militar basada en un mecanismo de seguridad colectivo frente a una eventual agresión soviética. Por el lado del bloque comunista, la URSS consolidó su influencia sobre los Estados de Europa Central-Oriental, reforzando su poderío con fuerzas militares desplegadas en esos territorios. A mediados de la década del 50, esta presencia militar sería parcialmente justificada en el marco del Pacto de Varsovia, sin embargo, el tiempo demostraría que un segundo objetivo de esas fuerzas era el de disuadir o neutralizar toda iniciativa de esos Estados por apartarse del control del Kremlin. Este segundo objetivo se aplicaría en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968 y se conocería como doctrina de la soberanía limitada o doctrina Brezhnev, la vinculación de

la dignidad de Estado de la URSS con la observancia de sus postulados ideológicos allende sus fronteras, en su zona de influencia de Europa Central-Oriental.

Asimismo y mientras las dos superpotencias incrementaban su poder militar convencional y el de sus respectivas alianzas, y se preparaban para librar una guerra nuclear, la Guerra Fría alcanzó dimensiones planetarias. Dos factores contribuyeron a esta globalización: el primero, el riesgo de escalada hasta traspasar el umbral nuclear que tendría un enfrentamiento militar directo; el segundo, que la URSS no sólo intentó exportar sus ideas a los Estados que la rodeaban, sino también proyectarse mucho más allá de sus fronteras, saltando la defensa perimetral de EE.UU. y sus aliados para buscar nuevos Estados adscriptos en cualquier punto del globo. En el mismo sentido, el grado de control y alineamiento que la URSS imponía en los Estados que controlaba llevó a EE.UU. a considerar de interés estratégico todo nuevo intento soviético de expansión, comprometiéndose a evitar que se consumara la medida. Las Guerras del Sudeste Asiático, como las de Corea y Vietnam, pueden entenderse mejor en este sentido.

De esta manera, desde los años 50 la Guerra Fría alcanzó con su lógica a todos los rincones del planeta. En cada continente, los dos polos de poder intentaron asegurarse aliados, procurando simultáneamente debilitar a los aliados del oponente. Una de las tácticas más recurrentes de esta estrategia de las superpotencias fue la generación de conflictos regionales, o la capitalización en beneficio propio de contiendas preexistentes, en la mayoría de los casos con altos niveles de violencia. Este era un juego cínico e hipócrita, pues cuando estos conflictos periféricos amenazaban con escalar hasta escapar del control de las superpotencias, éstas les imponían límites y los regulaban. En este juego entre las dos superpotencias que regían los destinos del planeta durante la Guerra Fría podemos enmarcar los distintos conflictos entre árabes e israelíes que se dieron en la región geopolítica de Medio Oriente, entre los cuales está nuestro objeto de estudio, la Primera Guerra del Líbano.

La región geopolítica de Medio Oriente

Derghougassian (2017), profesor de la Universidad de San Andrés, señala que el concepto de Medio Oriente es un producto de la geopolítica y, por lo tanto, no es posible definirlo geográfica o institucionalmente. Medio Oriente es una región macro espacial y cambiante debido a la falta de procesos de integración capaces de producir cohesiones institucionales o alianzas estables que generen equilibrios de poder. Por el contrario, la historia de Medio Oriente se caracteriza por dinámicas de fragmentación, propias de la evolución de las sociedades locales pero también alentadas externamente no sólo por los actores regionales de mayor peso sino también por la influencia de las superpotencias que rigieron los destinos de todos los rincones de la humanidad durante la Guerra Fría. Asimismo, Medio Oriente siempre ha sido un centro de atención para actores extra regionales por sus recursos energéticos. En este sentido, el golfo Pérsico y el estrecho de Ormuz son cuellos de botella estratégicos a través de los cuales gran parte del petróleo es transferido hacia Occidente.

En su origen, la región se denominó Cercano Oriente y reflejaba la visión geopolítica de Gran Bretaña, que era la mayor potencia durante el siglo diecinueve, y abarcaba los países del este del mar Mediterráneo y el norte de África hasta la península arábiga. Oriente Próximo o Próximo Oriente, era la región situada en el suroeste de Asia y el noreste de África vagamente definida por su geografía e historia. En su uso más actual, el término Oriente Próximo alude colectivamente a Egipto, Irán, Irak, Israel (incluidos los territorios autónomos palestinos de Gaza y Cisjordania), Jordania, Kuwait, Líbano, Arabia Saudita, Siria, Turquía, Yemen y los estados y emiratos dispuestos a lo largo de los márgenes meridionales y orientales de la península de Arabia, esto es, Bahrein, Omán, Qatar y los Emiratos Árabes Unidos. El término Oriente Próximo, cuando se utiliza para designar a una supuesta área cultural, cuya unidad se basa en las leyes y costumbres islámicas, normalmente abarca una región bastante más amplia, que se extiende desde Afganistán y Pakistán en el este, hasta los países del noreste de África fronterizos con Egipto, esto es, Sudán y Libia; Túnez, Argelia y Marruecos integran la región geográfica norteafricana conocida como Magreb (en árabe Oeste).

La denominación Medio Oriente fue una modificación también impuesta por un imperativo geoestratégico para denominar al conjunto de provincias árabes del Imperio Otomano. El célebre acuerdo secreto Sykes-Picot (1916) demarcó, con la repartición de esas provincias, el reparto colonial de esos estados territoriales en términos de mandatos. El término Middle East (Oriente Medio), que en el ámbito europeo se traduce como Oriente Próximo (pues la expresión Oriente Medio hace referencia, en sentido estricto, a los territorios de Irán, Afganistán y Pakistán), fue utilizado por primera vez por el alto mando militar británico durante la I Guerra Mundial. Actualmente por Medio Oriente se entiende básicamente al conjunto de los veintidós países que forman parte de la Liga Árabe, más Israel, Turquía e Irán. El Medio Oriente definió una mirada geoestratégica de los intereses coloniales desde el desierto de la península arábiga hasta el norte de África, el Creciente Fértil de las zonas de los grandes ríos al este del Mediterráneo y el delta del Nilo, y la única zona montañosa del Líbano hasta las alturas del Golán.

El Medio Oriente se caracteriza por una geografía variada, entre zonas desérticas, costeras, áreas cultivadas y cadenas montañosas, con un clima árido y semiárido. Su ubicación entre Asia y Europa, así como los dos recursos naturales más apreciados de la región, el agua y los hidrocarburos, han sido polos de atracción para invasores externos e intervenciones constantes. La diversidad etnolingüística de la población en este contexto generó distintas identidades colectivas en constante interacción, a menudo violenta.

El Medio Oriente actual es el resultado del colapso del Imperio Otomano y el fin de la larga era imperial en la región. Tres eventos forjaron el futuro conflictivo de la región. En primer término el levantamiento de los árabes contra los turcos, que empezó en 1916 a raíz de una promesa británica de establecer un estado independiente en las provincias árabes del Imperio Otomano. Los árabes que se levantaron contra los otomanos y facilitaron el avance y la victoria de los Aliados en Medio Oriente aspiraban a un estado independiente sobre el conjunto de los territorios del Levante y del Golfo. En segundo lugar el acuerdo secreto de 1916 entre Gran Bretaña, Francia y Rusia, conocido como Acuerdo de Sykes-Picot, que dividió el Imperio Otomano en territorios que quedarían bajo su control. El este de la actual Turquía quedaba bajo control ruso, el norte y el oeste de Siria bajo control

francés y Gran Bretaña controlaría directamente el sur de Irak e indirectamente los territorios árabes que se extendían del este de la península arábiga a la frontera egipcia. La asimetría militar entre los árabes y estas grandes potencias hizo que estos tuvieran que aceptar que no se cumpliera lo que se les había prometido, quedando el Estado árabe independiente circunscripto al desierto. Finalmente, la Declaración Balfour, conocida con ese nombre por ser el apellido del secretario del Foreign Office británico, que prometió la creación de un hogar nacional para los judíos en Palestina, un claro compromiso de parte del Reino Unido con el movimiento sionista internacional.

El nacimiento del Líbano

Después de la Primera Guerra Mundial, el Tratado de Paz de Versalles creó el concepto jurídico de mandatos para definir al auspicio de las potencias vencedoras al proceso de formación de nuevos Estados territoriales. Un mandato establecía un período de administración de los nuevos Estados a manos de las potencias europeas para dar lugar después a su eventual independencia. Sobre la base del Acuerdo Sykes-Picot, en la conferencia de San Remo se crearon los mandatos franceses y británicos en Siria, el Líbano, Irak y Palestina. En la Mesopotamia, los británicos unificaron tres ex provincias otomanas en un sólo país, Irak, en donde instalaron una monarquía. En el territorio sirio, los franceses crearon enclaves de autogobierno con el argumento de respetar la diversidad religiosa, generando dos países: los actuales Líbano y Siria.

El plan francés para consolidar su dominación fue dividir el territorio primero y luego crear cantones de autogobierno sectario. El 1ro de agosto de 1920, el general Gouraud proclamó la creación del Gran Líbano. Comprendía el Monte Líbano, donde ya se había consolidado el formato de gobierno sectario entre los maronitas y los drusos, la costa con las ciudades portuarias de Trípoli, Biblos, Beirut, Sidón y Tiro, y el valle de la Bekaa, limitando al norte y el este con Siria y al sur con Palestina - Israel. De esta forma, el mandato francés creó un espacio territorial común de 10.540 kilómetros cuadrados, con una llanura en el litoral marítimo que lo bordea de norte a sur, una cordillera paralela a la llanura, el valle de Bekaa y la anticordillera en su límite oriental con Siria, con distintas confesiones religioso-

sectarias entre cristianos maronitas, ortodoxos, asirios, armenios, católicos, protestantes, musulmanes sunitas, chiitas y drusos.

Hourani (2003) señala que cuando el Líbano se independizó en la década de 1940, incluía tres regiones con diferentes clases de población y distintas tradiciones de gobierno: la región del Monte Líbano, con una población cristiana maronita en el norte y mezcla de drusos y cristianos en el sur; las ciudades costeras, con una población que era mezcla de musulmanes y cristianos; y ciertas áreas rurales hacia el este y el sur del Monte Líbano, donde la población era sobre todo musulmana chiita. La primera de estas áreas tenía una antigua tradición de administración autónoma bajo sus propios señores y más tarde como un distrito privilegiado del Imperio otomano, la segunda y la tercera habían sido partes integrantes del Imperio y fueron incorporadas al Líbano durante el mandato francés. Las elites de las tres áreas, entre jefes espirituales, familias dominantes e intelectuales elaboraron en las siguientes dos décadas lo que se llamó el Pacto Nacional y crearon en el Líbano un modelo único en la región, de una democracia confesional y convivencia sectaria que descartaba la tentación de homogenización nacional bajo un régimen unipartidario o una monarquía, como sería el caso de prácticamente todos los demás países árabes. Mediante el Pacto Nacional, los cristianos maronitas renunciaban a sus propósitos de aislar al Líbano del resto del mundo árabe y la Liga Árabe reconocía a este país un estatus especial, diferente al de los demás países miembros. Las tratativas se extendieron a la repartición de cargos públicos. Así quedó establecido que el parlamento libanés estaría integrado por 55 bancas de las cuales 30 eran para los cristianos y 25 para los musulmanes. La presidencia de la nación era para un cristiano, el primer ministro sería un musulmán sunita y la presidencia del parlamento, quedaría para un musulmán chiita. Desde su independencia hasta los años setenta, el Líbano vivió una gran prosperidad económica por lo que era llamado la “Suiza del Medio Oriente” o el “país de leche y miel”. Beirut se convirtió en una gran ciudad donde vivía la mitad de la población y trabajaba más de la mitad. Líbano se había convertido en un gran Estado-ciudad, por lo que necesitaba el control de un gobierno fuerte y eficaz. Sin despegarse de su ámbito cultural árabe, tanto bajo el mandato francés como después de la independencia en 1943, el Líbano privilegió la difícil y conflictiva convivencia sectaria y el reparto del poder a las aspiraciones transnacionales del panarabismo.

Marini (1988) señala que lo único que podía perturbar esta relación de fuerzas eran las presiones externas del mundo árabe e israelí alentando las latentes disidencias internas religiosas.

El conflicto árabe-israelí

El mandato británico en Palestina se estableció luego de la entrada de las tropas del Grl Allenby a Jerusalén en diciembre de 1917 y por resolución de la Conferencia de Paz. El objetivo central de Londres era mantener el control sobre una Palestina multinacional y administrada por la Oficina Colonial. Para el movimiento sionista se presentaba la mayor oportunidad para implementar la Declaración de Balfour y edificar el Estado judío. Los árabes rechazaron el proyecto y pidieron a los británicos prohibir la emigración judía y la compra y colonización de tierras. Ambas comunidades empezaron a organizarse y se enfrentaron violentamente en varias oportunidades bajo el mandato británico en Palestina (1917-1947). La mayor confrontación tuvo lugar durante la rebelión palestina de 1936 a 1939, la más sostenida y prolongada protesta contra la implementación del proyecto sionista y que cristalizó el conflicto de dos pueblos por una tierra. Es en torno de esta disputa por la tierra que se forjaron los nacionalismos árabe y judío, que caracterizaron el conflicto de Medio Oriente durante prácticamente todo el siglo veinte.

Con la Segunda Guerra Mundial en pleno desarrollo, el conflicto en Palestina permaneció en un estado de congelamiento. El fin del mandato británico y la división de Palestina en la ONU en 1947 inauguraron la era del choque de dos nacionalismos en Medio Oriente, el sionismo y el panarabismo. La suerte de Palestina se decidió con el voto del 29 de noviembre de 1947 a favor de la Resolución 181, que dividía el territorio en dos para la creación de un Estado judío y otro árabe cuando finalizara el mandato británico el 15 de mayo de 1948. El plan de división daba a los judíos el 57 % del territorio, que incluía toda la parte más fértil de la costa, a pesar de que los judíos conformaban sólo el 7 % de la población, razón adicional para el rechazo y la indignación árabe. El 14 de mayo de 1948 el Consejo Nacional Judío declaró unilateralmente la independencia del Estado de Israel, que fue reconocida casi inmediatamente tanto por EE.UU. como por la URSS.

La primera guerra árabe-israelí: la guerra de la independencia.

La denominada “Guerra de la Independencia” fue una lucha librada por los judíos contra los ingleses que continuó luego, entre árabes y judíos que disputaban su herencia. Entre noviembre de 1947 y mayo de 1948 continuaron los enfrentamientos entre árabes y judíos, y cuando el 15 de mayo de 1948 se retiró el último soldado británico, empezó la guerra abierta entre el recién nacido Israel y cinco países árabes: Egipto, Siria, Transjordania, Líbano y los propios palestinos. El objetivo político de los israelíes consistía en asegurar la posterior supervivencia del Estado de Israel en Palestina. A su vez, el objetivo político de los árabes era impedir la formación del Estado israelí. La llamada guerra de la independencia se prolongó hasta el 06 de Enero de 1949, aunque los combates fueron interrumpidos por diversas treguas y ceses del fuego acordados por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Fue la primera guerra y la primera derrota de los árabes, debida tanto a mejor preparación del Haganá (base del ejército israelí) como a la falta de coordinación y a las disensiones internas de las fuerzas árabes. Se desarrollaron operaciones de guerrilla, libradas a lo largo de las fronteras de Palestina, entre los efectivos árabes y los kibbutzim israelíes, fortificados y organizados para la defensa. El asalto árabe desde las fronteras fue un fracaso total, ya que la organización de los kibbutzim impidió su avance al interior de Palestina. Lo más significativo fue la lucha por la conquista de la ciudad de Jerusalén, el objetivo militar de ambos bandos.

Las operaciones militares en el terreno continuaron hasta 1949 cuando se acordó un armisticio donde se delimitaron como fronteras las líneas de los frentes militares, dividiendo a Palestina, y dentro de ella a la ciudad de Jerusalén en dos. La imposibilidad de los beligerantes de obtener sus objetivos políticos motivó que la guerra continuara en el futuro. El fin de la primera guerra árabe-israelí introdujo dos nuevos elementos en la política de Medio Oriente: el Estado judío de Israel y los refugiados palestinos exiliados. Luego del alto el fuego, el control israelí se había expandido en el 77 % de Palestina, incluyendo porciones importantes de aquel territorio previsto para un Estado árabe que no se había creado, ya que Egipto había ocupado la región de la Franja de Gaza, mientras Transjordania había tomado bajo su control la ribera occidental, Cisjordania. Palestina no

figuraba más en el mapa y 700.000 árabes perdieron sus hogares ya que habían huido o fueron expulsados de sus tierras, transformándose en refugiados. Los palestinos llamaron a la división de la región “el desastre”, que se transformó en un elemento constitutivo de la identidad colectiva de un pueblo que, por los siguientes cuarenta y cinco años, pasó a vivir bajo el control ajeno y la ocupación, sobre todo, en campos de refugiados.

Luego de la guerra contra sus vecinos árabes del año 1948, Israel emergió como la principal potencia militar de la región, mientras en el bando rival se registraba un profundo cambio, como consecuencia de la humillante derrota experimentada en el campo de batalla. Esta fuerte e inesperada derrota conmovió a todo el resto de los países árabes, provocando tensiones en el seno de sus sociedades, que desembocaron en procesos revolucionarios y golpes de Estado diversos, y que cambiaron la sociedad y el poder en los mismos. En este sentido, empezó a surgir la convicción en los árabes de la necesidad de una unidad nacional que trascendiera las divisiones territoriales lo que fue moldeándose en una ideología de carácter nacionalista, el panarabismo, según el cual los países árabes comparten una misma identidad cultural y por esa causa deben bregar por una mayor integración, hasta alcanzar finalmente la unidad política. Para este movimiento Palestina fue considerada una causa nacional árabe, una continuidad de la lucha contra el colonialismo europeo, cuya última conspiración había sido la creación de Israel, un Estado no natural en la región y una avanzada del imperialismo occidental. Dentro de la prédica panárabe adquiría singular importancia el combate y destrucción de Israel.

Los promotores del panarabismo ubicaron las causas de la derrota en el persistente colaboracionismo de los regímenes monárquicos apartados del pueblo e incapaces de promover el desarrollo. Entonces el objetivo del panarabismo para el futuro era doble; primero derrocar a los regímenes monárquicos e instalar gobiernos que gozaran del apoyo del pueblo; segundo prepararse para la guerra contra Israel cuya existencia era inaceptable. El panarabismo se transformó en la ideología dominante con la llegada al poder del partido Baaz en Siria e Irak y el golpe militar de 1952 de los Oficiales Libres en Egipto donde la figura dominante era Gamal Nasser, quien lucharía por la unión

de los países árabes para combatir los restos del colonialismo, asegurar el desarrollo económico de los pueblos y derrotar definitivamente a Israel.

La segunda guerra árabe-israelí: el conflicto de Suez.

Desde la firma de los armisticios de 1949, que dieron fin a la primera guerra árabe-israelí se venían registrando enfrentamientos, tanto militares como políticos de Israel con los países árabes, quedando postergada la firma de los tratados definitivos de paz. En un momento en el que Egipto no estaba preparado militarmente para otra guerra, su presidente Nasser vio en los ataques de los combatientes palestinos su oportunidad para acosar a Israel y, al mismo tiempo, afianzar sus ambiciones de liderar el mundo árabe. Por ese motivo, Egipto se involucró activamente en la formación militar de los fedayines y les suministró armamento. En 1955, unidades del ejército israelí atacaron un puesto militar egipcio en Gaza como represalia a los ataques de guerrilleros palestinos. Consciente del peligro de tal exposición de su debilidad para su proyecto político, Nasser empezó a prepararse para una guerra total contra Israel con un vasto programa de rearme.

La situación se hizo especialmente grave tras la decisión de Egipto de construir la represa de Assuán en el río Nilo. Al no disponer de los fondos necesarios pidió ayuda al Banco Mundial, pero los acuerdos firmados entre Egipto y los países comunistas hicieron que EE.UU. y Gran Bretaña ejercieran su influencia para denegar el préstamo. Nasser, respondió con la nacionalización de la Compañía del Canal de Suez. Esta decisión fue muy bien acogida, tanto en su propio país, como en el resto de países árabes, no así en Francia y Gran Bretaña, principales accionistas del Canal. Así EE.UU., Francia y Gran Bretaña protestaron ante esta decisión, y convocaron una Conferencia internacional en Londres, para debatir el asunto, pero Nasser no acudió. Ante esto Gran Bretaña, Francia e Israel se pusieron de acuerdo en un ataque contra Egipto, en una reunión secreta el 24 de Octubre en Sévres. Crearon un plan militar que se dividía en dos operaciones distintas: Israel invadiría el Sinaí, de forma que se pondrían en peligro las instalaciones del Canal, lo que obligaría a Francia y Gran Bretaña a dar un

ultimátum ordenando el fin del conflicto, que Israel aceptaría pero Egipto, presumiblemente no, lo que daría pie a una intervención militar franco-británica.

Según el plan, los israelíes invadieron mediante un ataque blindado la franja de Gaza y posteriormente el Sinaí el 29 de octubre de 1956 (Operación Kadesh) e inmediatamente los franceses y los británicos emitieron un ultimátum conjunto que exigía el fin del enfrentamiento entre ambos y la retirada de sus fuerzas a dieciséis kilómetros del canal. Nasser rechazó el ultimátum y concentró las fuerzas que le quedaban en la zona del canal. Los franceses y británicos invadieron Port Said el 5 de noviembre y avanzaron hacia Suez (Operación Mosquetero). La opinión pública internacional condenó la agresión tripartita. EE.UU. se opuso a sus aliados, la Unión Soviética amenazó con represalias y el Consejo de Seguridad de la ONU creó una fuerza de emergencia para supervisar el cese de fuego. Gran Bretaña, Francia e Israel tuvieron que aceptar el fin de la guerra.

Tras la guerra de 1956 la supremacía militar de Israel sobre sus vecinos se consolidó, el movimiento panarabista continuó vigente y Nasser se mantuvo al frente del mismo, aunque incorporando a sus contenidos los reclamos palestinos. Pese a la derrota militar, los egipcios demostraron que podían defender el canal. El conflicto fue una gran victoria diplomática para Nasser, cuya popularidad aumentó exponencialmente. Egipto se quedó con el control de Suez y con todas las propiedades de los franceses y los británicos en la zona. Asimismo Eisenhower, por entonces Presidente de los EE.UU, exigió la retirada israelí de Gaza y del Sinaí y prestó ayuda a los egipcios para limpiar el canal y reabrirlo. Maffey (1979) señala atinadamente que esta campaña que se desarrolló en menos de una semana y que fue el prelude de las posteriores, mostró inequívocamente que el problema de Medio Oriente, y en particular el del Canal de Suez, no era ya una cuestión relacionada únicamente con los Estados del área, sino que incluían también, y de modo decisivo, a las grandes potencias.

Aunque el motivo de la guerra fue la invasión israelí del Sinaí, lo que aumentó la popularidad de Nasser fue la derrota de Gran Bretaña y Francia en lo que se conoce como la última guerra colonialista en Medio Oriente. La victoria político-

diplomática de Egipto en esta guerra aumentó la autoconfianza de Nasser para avanzar con su proyecto panárabe y en los siguientes diez años fue la figura dominante de la política internacional en Medio Oriente.

La tercera guerra árabe-israelí: la guerra de los seis días.

Durante los años transcurridos desde 1956 se produjo un período de normalización y estabilización interna en los países árabes, que contrasta con la creciente inestabilidad y enfrentamientos entre Israel y los países árabes fronterizos. El camino hacia la guerra empezó en 1966 con la concentración del poder en Siria en manos de los dirigentes del partido Baaz quienes se mostraban mucho más belicosos que los egipcios contra las monarquías árabes y contra Israel. Siria adquirió un importante lote de cazas interceptores MIG de fabricación soviética y autorizó la instalación de bases de la organización palestina al-Fatah en la zona conocida como Altos del Golán. En el lugar, los palestinos instalaron baterías de artillería con las cuales comenzaron a atacar a la septentrional zona de la Galilea israelí; al mismo tiempo, desde ese lugar partían grupos de guerrilleros que ingresaban ilegalmente al país vecino con el objeto de realizar atentados. Nasser se mostraba más prudente, aun cuando se estuviera preparando para una eventual guerra contra Israel, y el rey Husein de Jordania trataba de disuadir a los guerrilleros palestinos de atacar a los judíos desde Cisjordania. Los dirigentes baasistas propusieron a Nasser un pacto de defensa común que, por un lado no podía rechazar sin dañar su prestigio, pero por otro, no le permitía controlar a los sirios que no estaban dispuestos a reconocer su liderazgo.

Cuando los palestinos de Cisjordania se rebelaron contra el rey Husein por su incapacidad de impedir las represalias israelíes contra sus ataques, Nasser se sumó a estas críticas y pidió la retirada del Sinaí de las tropas de paz de la ONU, que estaban estacionadas solo en la zona egipcia por pedido de Israel. Asimismo, los egipcios interpusieron un bloqueo al puerto israelí de Eilat y prohibieron la navegación de buques israelíes por el golfo de Akaba. El paso siguiente de Nasser fue mover sus propias tropas a la frontera con Israel, por lo que la guerra se volvió prácticamente inevitable. La movida de Nasser obligó también al rey

Husein a firmar un pacto de defensa entre Jordania y Egipto ante una inminente agresión israelí. Con este pacto tripartito de defensa entre Egipto, Siria y Jordania, Nasser pensaba asegurarse una victoria ante Israel, que se sintió amenazado por estas medidas árabes y decidió actuar.

El acuerdo de defensa, sin embargo, no significaba una mayor coordinación militar y, como en 1948, la confianza en su superioridad numérica y la apariencia de una asimetría de poder a favor de los árabes fue un autoengaño fatal. Ni Nasser ni ningún otro dirigente árabe habían hecho una evaluación correcta de la capacidad militar israelí, y además, confiaron en que Estados Unidos no permitiría que Israel atacara primero, del mismo modo que Nasser había prometido a los soviéticos no hacerlo.

El plan de campaña israelí consistía en una sorpresiva ofensiva aérea dirigida contra las fuerzas aéreas adversarias en tierra para destruirlas antes de la iniciación de las operaciones terrestres. Israel fue el primero en atacar el 05 de junio de 1967, utilizando el concepto de guerra preventiva, destruyendo mediante bombardeos aéreos casi por completo la flota de aviones de las fuerzas militares egipcias. Al día siguiente comenzó la ofensiva terrestre israelí en tres frentes, con Egipto al sur, con Jordania al oeste y con Siria al norte. En el frente sur las fuerzas de defensa de Israel avanzaron el 06 de junio a través del Sinaí y llegaron al Canal de Suez. En el frente oeste, por la tarde del 07 de junio, Israel había ocupado la ciudad vieja de Jerusalén y toda Cisjordania. A pesar de que Jordania y Egipto habían aceptado el llamado al cese del fuego de la ONU, Israel atacó a los sirios en el frente norte y ocupó las alturas del Golán, antes de que Damasco aceptara también el cese de fuego el 10 de junio.

La campaña militar israelí se caracterizó por la sorpresa obtenida y la velocidad con que se ejecutó, haciendo intenso empleo del equipo tanque-avión. Como resultado de la misma, además de la destrucción de los ejércitos egipcio, jordano y sirio y de su fuerza aérea, se modificaron sustancialmente las fronteras de Israel. Esta guerra hizo cambiar radicalmente la situación estratégica de este país, ya que por primera vez en su historia pudo contar con profundidad estratégica para su defensa gracias a la conquista del Sinaí, Cisjordania y los Altos del Golán.

La Guerra de los Seis Días tuvo un impacto desastroso sobre los países árabes. Nasser tuvo que asumir la responsabilidad total por la derrota y el nacionalismo panárabe, después de una década de auge, recibió un golpe mortal, que dejó de manifiesto el atraso en la modernización de los países árabes con respecto a su enemigo Israel.

La cuarta guerra árabe-israelí: la guerra del Yom Kippur.

Los orígenes de la guerra del Yom Kippur de Octubre de 1973 provienen del fin de la guerra de los Seis Días. El presidente de Egipto, Sadat, que había sustituido a Nasser al morir este en 1970, había concebido una estrategia a largo plazo para recuperar el Sinaí, que estaría basada en una combinación de maniobras políticas y militares. Para ello buscó el apoyo de Siria. Las primeras medidas preparatorias se tomaron entre octubre de 1972 y enero de 1973, creándose un mando militar unificado egipcio-sirio. El plan egipcio consistía en la ejecución de una operación ofensiva sorpresiva, a lo largo del Canal de Suez, con la mayor parte de las fuerzas disponibles para conquistar inicialmente en su orilla un espacio que permitiera la defensa de las cabezas de puente. Posteriormente, y en la medida que los contraataques israelíes fueran rechazados, se continuaría el franqueo con unidades rápidas para continuar la ofensiva hacia el interior de la península del Sinaí. Siria, a su vez, atacaría las alturas del Golán con la finalidad de conquistarlas, para pasar luego a la defensa coordinadamente con la acción ofensiva egipcia.

Se decidió que el día 06 de octubre se iniciarían las hostilidades, porque era el día del Yom Kippur judío, suponiéndose que la alerta de los israelíes sería más baja. Además, coincidía con las mareas y corrientes apropiadas en el Canal de Suez. El día fijado los ejércitos sirio y egipcio atacaron simultáneamente Israel, que fue tomado por sorpresa, tardando varios días en reaccionar y pasar a la ofensiva. En el frente sur el ejército egipcio cruzó el Canal y ocupó la ribera oriental, creando una cabeza de puente. Pero desde el 09 se vio obligado a defender esa posición, aunque de forma bastante eficaz, obligando a los israelíes a buscar otros métodos. El día 14 los egipcios lanzaron una nueva ofensiva para distraerlos del frente sirio, pero al día siguiente existió un contraataque israelí, de

tal magnitud, que atravesaron el Canal, y llegaron a sitiar Suez. El día 22 de octubre el Consejo de Seguridad de ONU ordenó el alto del fuego, inmediatamente aceptado por ambos. En el frente norte los sirios iniciaron su ataque con una ofensiva aérea y por tierra, lo que les permitió recuperar la mayor parte del Golán. La contraofensiva israelí del día 08 rechazó y aniquiló al ejército sirio. La penetración israelí en el territorio fue de unos 20 Km, logrando para el futuro inmediato aumentar la profundidad de defensa de esa zona, sobre la línea establecida en 1967. Esto obligó a Siria a pedir ayuda a Egipto, que el día 15 lanzó la mencionada ofensiva para desviar la atención israelí de los sirios, y asimismo acudieron tropas iraquíes y jordanas de apoyo. El día 22 también Siria aceptó el alto del fuego propuesto por ONU.

La guerra del Yom Kippur duró dos semanas, hasta que el 22 de octubre la ONU logró que se acatara un cese de fuego. En el caso de Israel, se registraron fuertes presiones procedentes de EE.UU. y Europa Occidental, víctimas de embargos selectivos y alzas indiscriminadas del precio de los hidrocarburos que importaban del Medio Oriente, por parte de las naciones árabes cartelizadas en la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Pese al éxito inicial de la ofensiva egipcia en el Sinaí, la guerra de 1973 no terminó con una derrota de los países árabes por la intervención de las superpotencias, que lograron establecer un cese de fuego ante una inminente escalada, que podría haber terminado involucrándolos también. Tomado por sorpresa, Israel sufrió inicialmente fuertes bajas, pero rápidamente se repuso y desató sendas contraofensivas que llevaron a sus tropas a las puertas de las capitales siria y egipcia. El cese de fuego permitió al presidente egipcio Sadat capitalizar el éxito de la ofensiva para realizar el giro estratégico de su país hacia el campo occidental. El resultado finalmente benefició también a Israel, que siete años después firmó el primer acuerdo de paz, cuyo costo había sido la devolución del Sinaí y el desalojo de los asentamientos.

El problema palestino

Cuando en 1948 se creó el Estado de Israel, no nació el Estado Palestino. Las regiones de Gaza y Cisjordania pasaron a ser controladas por Egipto y Jordania respectivamente y setecientos mil palestinos fueron forzados al exilio y se transformaron en refugiados, un verdadero pueblo sin un Estado que lo represente.

Entre 1948 y 1967 los palestinos no lograron desarrollar un liderazgo propio ni fueron los protagonistas principales en el conflicto de Medio Oriente. Su causa era llevada adelante por los países árabes, sobre todo por el Egipto de Nasser, que consideraba a la región palestina como parte del proyecto panárabe y pensaba que la unión de los árabes era el camino hacia la erradicación de Israel y el regreso de los palestinos a su tierra. Pero por más sinceros que fueran Nasser y los bassistas en su apoyo a los palestinos, pensaban y actuaban con la lógica de sus Estados y, por lo tanto, priorizaban sus intereses. Las operaciones militares clandestinas que los combatientes palestinos (fedayines) llevaban adelante desde Gaza, Cisjordania y las alturas del Golán dependían exageradamente del apoyo que pudieran darle los países árabes, quienes además querían controlarlos.

La creación de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) en 1964 en la cumbre de la Liga Árabe en El Cairo, dotó a los palestinos de un organismo representativo y después del golpe mortal que significó para el panarabismo la derrota en la Guerra de los Seis Días se convirtió en la vanguardia que lideró la causa común de los países árabes. La radicalización de las organizaciones palestinas que abrazaron la idea de la revolución mundial y el antiimperialismo, donde vieron un instrumento para resolver su propia causa, fue asimismo una crítica a la versión anterior del panarabismo encarnado por Nasser que había fracasado rotundamente como proyecto político. No obstante, y por más panárabe que sonara el discurso combativo palestino que se definía como revolucionario, su lucha se fundaba en primer lugar en la necesidad de recordarle al mundo que el conflicto de Medio Oriente era la justa demanda de un pueblo al que se había echado de su territorio y al que, pese que se le había prometido un Estado independiente, se lo había transformado en su refugiado en su propia tierra o en países vecinos.

En este contexto las organizaciones palestinas de la izquierda más radical ubicaron la lucha palestina en el contexto de la revolución marxista mundial mientras que la agrupación mayor y dominante, al-Fatah fundada por Yasser Arafat, rechazó el auspicio de los países árabes hasta entonces vigente para buscar una vía propia al nacionalismo palestino. La OLP agrupó a todas las organizaciones y entidades de los árabes palestinos buscando multiplicar los ataques contra Israel desde Gaza y Cisjordania en operaciones de sabotaje a partir de 1965. El desplazamiento de los palestinos al centro del escenario y la plena identificación del conflicto de Medio Oriente con su causa se produjo con el ascenso de Arafat a la presidencia del Comité Ejecutivo de la OLP en 1969. Bajo su liderazgo transformó a esta agrupación no gubernamental en una estructura paraestatal que ejercía un verdadero gobierno en las sombras de los palestinos, asegurando su autonomía y casi independencia del tutelaje de los países árabes. Por su parte, la lucha armada tomó dos direcciones: por un lado continuaron las incursiones en Israel de los guerrilleros fedayines que ejecutaban golpes de mano y operaciones de sabotaje de infraestructura sensible, por el otro se lanzó una verdadera campaña terrorista (utilizando entre otros métodos el secuestro de aviones) que tenía por intención internacionalizar ante los ojos del mundo la causa palestina.

La derrota árabe en la Guerra de los Seis Días significó para los palestinos no sólo otros desplazamientos masivos de la población sino la ocupación de lo que quedaba de su territorio a manos de Israel. En menos de una semana unos cuatrocientos mil palestinos, en su mayoría refugiados de los territorios donde se declaró el Estado de Israel, fueron desplazados masivamente una segunda vez, 95 % huyeron hacia Jordania y un pequeño porcentaje buscó salvación en el Líbano y Siria. Como refugiados en estos países, el deseo de mayor autonomía de los palestinos para operar contra Israel, puso en conflicto los intereses respectivos. Los palestinos reprochaban en particular a los jordanos su incapacidad para defender Cisjordania, mientras los jordanos sentían el peso económico de la presencia de los desplazados y refugiados palestinos. La situación ilustra el dilema palestino desde 1948, sobre todo después de 1967. Por un lado, los grupos guerrilleros necesitaban un santuario territorial que sólo los países árabes con fronteras con Israel les podían ofrecer. Por otro lado, los palestinos no confiaban en los líderes árabes y reconocían que su posición en países que los hospedaban nunca estaba asegurada.

La respuesta israelí a los ataques palestinos que sufría Jordania, era otra fuente de preocupación para el rey Husein II. Por su parte, el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), organización izquierdista radical de la OLP liderada por George Habash, abogaba de manera abierta por el derrocamiento de las monarquías árabes, empezando por los hashemitas en Jordania, como el primer paso hacia la liberación de Palestina. La tensión entre los combatientes palestinos y el gobierno jordano llegó a su paroxismo en septiembre de 1970, cuando un comando del FPLP secuestró cuatro aviones comerciales, tres de los cuales aterrizaron en el desierto jordano. Pese a los esfuerzos de mediación de Jordania, los fedayines siguieron desafiando la autoridad del rey y rechazaron la liberación de los rehenes. Cuando finalmente los liberaron, Husein II ya había tomado la decisión de poner fin a la presencia armada palestina en su suelo y el 17 de septiembre las fuerzas jordanas atacaron a los guerrilleros. La ayuda que estos esperaban de Siria e Irak no llegó y, en lo que pasó a recordarse en la memoria colectiva de los palestinos como “Septiembre Negro”, miles de estos murieron y los demás tuvieron que abandonar Jordania para refugiarse en el Líbano con la amarga constatación de que no se podía confiar en los países árabes.

La Guerra Civil en el Líbano

En 1974, el Líbano tenía aproximadamente dos millones quinientos mil habitantes. Los cristianos eran minoría, y los sunitas y los chiitas constituían el sesenta por ciento de la población, a lo que debían agregarse cuatrocientos mil palestinos en su mayoría musulmanes. Los chiitas se habían convertido en la comunidad más numerosa y deseaban que su peso demográfico fuese reconocido institucionalmente. Esta explosión demográfica es una de las claves más importantes para entender el estallido del conflicto en el país. En noviembre de 1969, por intermedio de Nasser, el gobierno libanés había firmado un acuerdo legitimando la presencia armada palestina en su territorio y por una serie de acuerdos adicionales que siguieron al documento principal, el Líbano cedió aún más soberanía y se comprometió a no intervenir en los campos de refugiados palestinos. El Acuerdo de El Cairo fue posible por la presión de los musulmanes sunitas, en solidaridad con la causa panárabe, quienes simultáneamente vieron a los palestinos

como aliados en los asuntos internos del Líbano, sobre todo en su disputa con la mayoría cristiana maronita. La importancia del Acuerdo de El Cairo para los palestinos quedó claro luego de la expulsión de los combatientes de la OLP de Jordania, que entre 1971 y 1972 entraron masivamente al Líbano, único país desde donde podían operar contra Israel y el resto del mundo. Los palestinos llegaron al Líbano con intención de quedarse y montar su santuario para atacar a Israel, instalando oficinas y estados mayores en el sector occidental de Beirut. Asimismo, toman el control de los campamentos de refugiados que rodean a la capital y a la mayoría de las grandes ciudades libanesas: Trípoli, Sidón (rebautizada Saida) y Tiro, que ellos convierten en verdaderas ciudadelas.

Por otro lado, el Acuerdo de El Cairo alarmó a los cristianos, que empezaron a formar sus propias milicias paramilitares y a prepararse para un eventual enfrentamiento. Entre los motivos de los cristianos por preservar su concepción de entidad libanesa, no estaban en juego solamente sus privilegios económicos y políticos, sino también el mantenimiento de una identidad nacional que se remontaba a los tiempos de la civilización fenicia y a la cultura occidental. Inevitablemente, el Líbano se transformó también en el blanco de las respuestas de los israelíes quienes organizaron expediciones punitivas dentro de los campos de refugiados palestinos, donde sus comandos asesinaron a varios responsables de atentados terroristas no sólo en Israel sino en otros lugares del mundo. Asimismo, los bombardeos israelíes castigaron sobre todo el sur del Líbano, donde se concentraba un alto porcentaje de la comunidad chiita, que terminó pagando el mayor precio en el conflicto.

Sin una estrategia árabe contra las acciones israelíes, restringido en sus movimientos por el Acuerdo de El Cairo, el pequeño pero bien entrenado y profesional ejército libanés no podía enfrentar solo a la maquinaria bélica israelí. Acusado de no defender la soberanía del país contra los ataques, los militares libaneses también fueron blancos de críticas de los sunitas cuando quisieron intervenir en los campos de refugiados palestinos. De esta forma, el Líbano, que tenía una frontera cerrada pero calma con Israel desde 1948, se transformó en el único campo de batalla a partir de 1969.

La primera fase de la Guerra Civil en el Líbano estalló el 13 de abril de 1975, cuando un micro que transportaba a un grupo de palestinos pasó por el barrio cristiano de Ain al-Rimmane y fue baleado por militantes del partido falangista Kataeb. Durante tres días hay combates entre milicianos falangistas y fedayines palestinos que causan más de doscientos muertos. Los combates recrudecen el 24 de junio en los barrios periféricos de Beirut, de ambos lados hay secuestros y mutilaciones, violaciones y saqueos. Los musulmanes libaneses se unen a las filas palestinas. El 26 de agosto se combate en el valle de Bekaa, los habitantes cristianos de la ciudad de Zahlé contra los musulmanes del campo, y también en Trípoli. El 25 de octubre los combates ya se han extendido por toda la ciudad de Beirut donde se produce la “batalla de los hoteles y las torres”, donde los cristianos sucumben ante la superioridad numérica de sus adversarios. El 15 de marzo de 1976 las primeras tropas sirias entran en el Líbano. En junio de ese año Assad desencadena una intervención masiva de su ejército junto con los cristianos y los salva de la derrota. El 15 de noviembre el ejército sirio, compuesto por 10.000 soldados de infantería con el apoyo de 200 tanques, ocupa Beirut. El Líbano queda partido en dos y el ejército sirio saca su tajada.

El país ya tenía una historia de conflictos entre los diversos grupos de musulmanes, cristianos y drusos, a lo que se sumaban unos 400.000 refugiados palestinos en el país. Entre 1968 y 1975, la OLP comenzó a formar milicias armadas entre los refugiados para lanzar ataques contra Israel, llegando a controlar gran parte del sur del país, lo que condujo a enfrentamientos con las fuerzas del ejército libanés. Ante esta amenaza a su tradicional poder, los cristianos libaneses empezaron a armarse, fenómeno al que siguió la militarización de los diversos grupos políticos o religiosos. La llegada masiva de palestinos hacia el sur del Líbano también empeoró la situación de los chiitas en sus relaciones con los palestinos, que eran sunitas, y sobre todo porque la llegada masiva de los refugiados empeoraría la situación económica de los libaneses chiitas ya que los empresarios contrataban a los palestinos desesperados y por lo tanto más baratos y con experiencia en el campo y en la artesanía, comercio que en el Líbano era trabajo exclusivo de los chiitas. Asimismo fueron presa de ataques y robos por parte de los palestinos desesperados que no encontraban métodos de subsistencia, la violencia de los nuevos residentes para con los residentes libaneses del sur, fueran

cristianos, drusos o chiitas, era abrumadora debido a las costumbres heredadas del conflicto con los israelíes y del hostigamiento jordano de los sesenta y los setenta que los habían convertido en grupos extremadamente violentos.

Hacia 1971 la situación estaba descontrolada, dándose violentas luchas locales. Frente a los enfrentamientos de las distintas facciones, el gobierno libanés, muy debilitado, no pudo mantener el orden, lo que desembocó en feroces enfrentamientos en Beirut entre cristianos del oriente de la ciudad y palestinos de los diversos campos que había en ella, y que se expandieron pronto al resto del país. En este marco, Arafat no pudo rechazar el pedido de sus aliados del Movimiento Nacional Libanés y decidió involucrarse en los asuntos internos del país y en la disputa por el poder entre las distintas comunidades. El Movimiento Nacional Libanés representaba al campo musulmán de tendencia izquierdista y estaba enfrentado al Frente Libanés, que agrupaba a los mayores partidos cristianos que ideológicamente se identificaban con la derecha. La participación palestina terminó en la conclusión de la primera fase de una guerra que duró un año y medio, cuando por pedido del campo cristiano intervinieron las fuerzas sirias que representaban a la Liga Árabe. La ciudad capital, al igual que el resto del país, quedó dividida entre los distintos bandos que combatían constantemente entre sí, el Norte mayormente cristiano y el Sur mayormente musulmán. El precio que pagaron los palestinos por involucrarse fue muy alto. Entre el 22 de junio y el 12 de agosto de 1976, el campo de refugiados palestinos Tal al-Zaatar, que se encontraba en una zona bajo control de las milicias cristianas en el este de Beirut, fue sitiado y, cuando finalmente cayó, unos dos mil quinientos palestinos fueron masacrados.

Los estragos de la guerra civil afectaron la autoridad del Estado libanés, que prácticamente desapareció tras la fragmentación del territorio en enclaves dominados por cada una de las facciones en combate. Los grupos maronitas gobernaban el norte, el ejército sirio estaba al este y la OLP prevalecía en el sur. Beirut estaba dividida en una sección oriental controlada por Kataeb y en una occidental controlada por la OLP y sus aliados. La autoridad del gobierno prácticamente había dejado de existir. En este marco, la presencia siria obstaculizó el desarrollo autónomo del país transformándose en una pesada carga para el Líbano.

Conclusiones parciales

- La Primera Guerra del Líbano se libró en el marco del período histórico de la Guerra Fría, conflicto que como hemos visto y analizado dividió al planeta en dos bloques regionales que durante casi medio siglo compitieron por la hegemonía global. El temor a una catástrofe nuclear que acabara con la humanidad provocó que los conflictos de índole convencional, como en caso de nuestro objeto de estudio, se circunscribieran a zonas alejadas de EE.UU. y Europa. La lógica de la Guerra Fría alcanzó a todos los rincones del planeta, siendo uno de los centros paradigmáticos de conflicto la región de Medio Oriente. Asimismo, la división ideológica, capitalismo versus comunismo, que caracterizó a la Guerra Fría influyó en los actores participantes de la Primera Guerra del Líbano que buscaban en beneficio de sus intereses sectoriales lograr el apoyo material y financiero de alguna de las dos superpotencias.
- La región de Medio Oriente, en la cual se haya inserta el Líbano, se caracteriza por su extremada complejidad ya que hay una intrincada red de intereses internos y externos al área compuesta por elementos religiosos, culturales, económicos, políticos y militares que hacen de esta región del mundo el centro de históricas problemáticas de índole geopolítica. En este sentido, este sector del mundo ha sido el escenario donde se han enfrentado los intereses geopolíticos de los imperios europeos con los intereses geopolíticos del sionismo internacional por un lado y de los pueblos árabes por el otro, hecho que convirtió a esta zona del planeta en una de las regiones más conflictivas del globo cuando en 1948 se creó el Estado de Israel en la Palestina británica. La historia de Medio Oriente está marcada por dinámicas de fragmentación, propias de la evolución de las sociedades locales pero también alentadas externamente no sólo por los actores regionales de mayor peso sino también por la influencia de las superpotencias que rigieron los destinos de todos los rincones de la humanidad durante la Guerra Fría.
- El fin del mandato británico y la división de Palestina en la ONU en 1947 inauguraron la era del choque de dos nacionalismos en Medio Oriente, el sionismo y el panarabismo. La serie de conflictos armados que protagonizaron

Israel y sus vecinos árabes (la Guerra de la Independencia, el conflicto por el Canal de Suez, la Guerra de los Seis Días y la Guerra del Yom Kippur) a lo largo de la segunda mitad del siglo XX condenaron a la inestabilidad y a la guerra a la región de Medio Oriente. La Primera Guerra del Líbano puede entenderse como un eslabón más de los distintos conflictos árabes-israelíes que aquejaron a esta región del planeta.

- Los líderes de las distintas confesiones religioso-sectarias, presentes en el Líbano desde su independencia, crearon mediante el llamado Pacto Nacional un modelo único en la región de Medio Oriente de una democracia confesional y convivencia sectaria que descartaba la tentación de homogenización nacional bajo un régimen unipartidario o una monarquía, como sería el caso de prácticamente todos los demás países árabes, privilegiando el reparto del poder entre las distintas facciones a las aspiraciones transnacionales del panarabismo. Esta estabilidad que caracterizó al Líbano en sus primeros años, quedó en cenizas cuando luego de la expulsión de los fedayines palestinos de la OLP de Jordania (en 1970), y aprovechando el Acuerdo de El Cairo, emigraron masivamente al país, único lugar donde podían quedarse y montar su santuario para atacar a Israel. Ante esta amenaza a su tradicional poder, los cristianos libaneses empezaron a armarse, fenómeno al que siguió la militarización de los diversos grupos políticos o religiosos. En este contexto general en 1975 estallará la Guerra Civil en el país, conflicto que enmarcará y en el cual se haya inserta la Primera Guerra del Líbano que estamos analizando.

Capítulo II: Operación “Paz para Galilea”

Este capítulo tendrá por propósito analizar la Operación “Paz para Galilea”, sus antecedentes inmediatos y los principales actores que participaron del conflicto. Las técnicas empleadas son la obtención, análisis, integración e interpretación de la bibliografía escrita y digital existente sobre la problemática de estudio.

Antecedentes inmediatos del conflicto

Las operaciones palestinas contra Israel y contra objetivos israelíes en otros lados del mundo no dejaron de existir pero su frecuencia e intensidad habían disminuido sensiblemente producto de la fallida participación de los palestinos en la primera fase de la Guerra Civil en el Líbano. A pesar de la guerra civil libanesa, el clima político general de Medio Oriente pareció mejorar con la llegada del demócrata Jimmy Carter a la Casa Blanca y su inicio de gestiones diplomáticas tendientes a recomponer las relaciones entre Israel y Egipto. En 1976 ganó las elecciones en Israel el partido de centroderecha Likud y en 1977 el presidente egipcio Anwar al-Sadat visitó Jerusalén y anunció la paz bilateral que Egipto e Israel iban a establecer bajo el auspicio de los Estados Unidos dos años después. Sin embargo, este acuerdo dejaba de lado la solución a la cuestión palestina, lo que dejó en claro que detrás de la fachada del discurso panárabe finalmente cada país árabe perseguía el logro de sus propios intereses.

Visto del lado israelí, la paz con Egipto permitió neutralizar la mayor amenaza a su seguridad. El gobierno de Menájem Beguín, cuyo ministro de defensa era Ariel Sharón (un militar reconocido por su postura dura e intransigente con los palestinos), decidió aprovechar este nuevo contexto regional para terminar con la presencia armada palestina en el Líbano. El 11 de marzo de 1978, un comando palestino de al-Fatah se infiltró a través de la frontera libanesa y asesinó a un turista estadounidense en la playa, apoderándose a continuación de un autobús en la carretera costera cerca de Haifa, y posteriormente secuestró un segundo autobús en la ruta a Tel Aviv, causando la muerte de treinta y ocho civiles y setenta y seis heridos israelíes. La “Masacre de la carretera costera”, fue el desencadenante para

que el gobierno de Beguín ordene a las brigadas del Tsahal ocupar un área de unos 1.000 km² en el sur del Líbano, con el objeto de eliminar las bases de los fedayines palestinos.

La Operación "Litani", que comenzó el 14 de mayo de 1978, tenía por objetivo el establecimiento de una zona tapón que tendría por límite norte el río homónimo libanés. Más de 25.000 soldados israelíes invadieron la zona sur del Río Litani, con excepción de Tiro, creando al Ejército del Sur del Líbano, uniendo dos viejas milicias cristianas. Durante los siete días de la ofensiva, las fuerzas israelíes capturaron en un comienzo una faja de tierra de aproximadamente diez kilómetros de profundidad, expandiéndose luego al norte del río Litani. Durante la operación murieron 20 soldados israelíes y entre 1.100 y 2.000 miembros de la OLP. La mayoría de los fedayines palestinos logró huir al norte el Río Litani, a zona segura.

Ante la presión internacional, las fuerzas armadas israelíes se retiraron el 13 de junio dejando la zona conquistada bajo el control de una milicia cristiana aliada. La ONU, por su parte, creó la fuerza de paz UNIFIL (Fuerza Provisional de las Naciones Unidas para el Líbano) que se posicionó en el sur del Líbano y se hizo cargo de la gestión de paz para mantener la seguridad en la región en base a las resoluciones 425 y 426. Ni la milicia cristiana en la zona tapón ni las fuerzas internacionales en el sur del país pudieron asegurar la estabilidad de las fronteras con Israel, donde los ataques palestinos y los contraataques israelíes se intensificaron, sobre todo en 1981. El 10 de julio de ese año, la OLP comenzó a bombardear el norte de Israel con cohetes Katyusha y proyectiles de artillería de 130 mm. La Fuerza Aérea Israelí tomó represalias con ataques aéreos, pero no pudo poner fin a estos ataques. El 17 de julio, las fuerzas armadas israelíes comenzaron una redada a gran escala contra los edificios de la OLP en el centro de Beirut. La organización terrorista intensificó sus bombardeos sobre las comunidades en el norte del país, obligando a miles de ciudadanos israelíes a trasladarse hacia el sur o vivir en refugios durante varios días. Para frenar la escalada de violencia, el enviado estadounidense Philip Habib negoció un cese al fuego entre Israel y la OLP el 24 de julio de 1981. Desde julio de 1981 hasta junio de 1982, la frontera entre Israel y el Líbano mantuvo la calma.

Por su parte, Siria temiendo un aumento de poder de Israel, debido a la influencia que tenía en el sur, y la influencia creciente sobre otros grupos cristianos o derechistas (que se identificaban con Occidente y con el modelo israelí) decidió usar su influencia sobre los grupos de izquierda y chiitas mientras los sometía a una política de asimilación político-religiosa. Damasco y Tel Aviv vivían su propia guerra fría en la región y competían para poder expandir su influencia en la zona después de haberse enfrentado tres veces y de tener graves problemas territoriales (altos del Golán, con las mayores reservas de agua dulce de la región) y diplomáticos. El Líbano era la pieza clave y rápidamente trataron de atraerse hacia sí mismos a todas las facciones posibles usándolas como fuerzas de choque, para evitar enfrentarse directamente. Dependiendo del bando que venciera en el Líbano así quedaría codificado Medio Oriente, puesto que la victoria de una pequeña milicia podía decidir la supremacía en Oriente Medio y acabaría dando la titularidad de la región a Estados Unidos o a la URSS.

Principales actores del conflicto

Las Fuerzas Armadas de Israel.

Las Fuerzas Israelíes de Defensa (Tzahal) intentaban mantener la capacidad de maniobra y el poder de fuego suficientes para lograr neutralizar todas las fuerzas árabes por separado. Su organización había sido modernizada poniendo énfasis en la integración y la actuación conjunta de las fuerzas. La División era la mayor formación permanente que operaba manteniendo una organización ternaria: tres secciones por compañía, tres compañías por batallón y tres batallones por brigada, la cual podía ser de infantería blindada, blindados puros o de paracaidistas. Cada nivel superior al batallón contaba con unidades de apoyo de combate y de apoyo logístico para satisfacer sus necesidades operacionales.

En junio de 1982, la infantería regular era la principal responsable de garantizar la seguridad y mantener la ley y el orden en los territorios ocupados. Eso permitía al resto del ejército regular dedicarse a su tarea principal, la preparación para la guerra.

Las Fuerzas Armadas Libanesas.

Echeverría (2009) sostiene que en junio de 1982 las fuerzas armadas libanesas prácticamente no existían, ya que habían perdido armamento y materiales en la guerra civil. Solamente quedaban algunos elementos remanentes en la zona de Beirut y en el territorio controlado por las milicias cristianas. Estas unidades tenían una reducida capacidad táctica y su influencia en el conflicto fue prácticamente nula.

Las Fuerzas Armadas Sirias.

En el marco de la Guerra Civil que estalló en el Líbano en 1975, las fuerzas armadas sirias habían ingresado al país entre marzo y junio de 1976. Esta acción fue legitimada en octubre del mismo año cuando la Conferencia de la Cumbre Árabe creó la Fuerza Árabe de Disuasión, de la cual, las fuerzas sirias pasaron a ser el cuerpo integrante más numeroso. Sin embargo, cuando más tarde las tropas de Arabia Saudita, Yemen, Sudán y los Emiratos Árabes fueron repatriadas, las fuerzas sirias permanecieron en el Líbano.

En un primer momento las fuerzas sirias se pusieron del lado de la comunidad cristiana contra la OLP y otras fuerzas izquierdistas sunitas libanesas. Pero en 1978 cuando los cristianos empezaron a oponerse a su excesiva intervención en los asuntos internos del país las fuerzas sirias ejecutaron una violenta ofensiva contra el sector cristiano de Beirut oriental provocando miles de bajas. Asimismo, entre diciembre de 1980 y junio de 1981, los sirios mantuvieron bajo sitio a la importante ciudad cristiana de Zahle causando grandes pérdidas de vidas humanas.

En junio de 1982, los sirios desplegaron importantes contingentes de tropas y emplazaron veinte baterías de misiles soviéticos superficie-aire (SAM) SA-6 de fabricación soviética en la zona del valle del Bekaa. Asimismo una división de las fuerzas armadas sirias operaba desde la ciudad de Beirut. Las fuerzas sirias en el Líbano habían establecido una división compuesta por dos brigadas blindadas, dos brigadas de infantería mecanizadas, algunas unidades de comando de

batallón, 300 cañones de artillería de diversos tipos, unidades de defensa aérea y misiles superficie-aire de batería. A esto se agregaron dos brigadas de infantería y una unidad de apoyo blindado del Ejército de Liberación de Palestina (unidades compuestas por palestinos que operaban bajo el mando del ejército sirio). Las fuerzas sirias se desplegaron en tres bandas: la banda de seguridad, que se extiende desde el norte de la región de la FPNUL hasta las laderas del monte Hermón a través de la región de Nabatieh; la primera franja de protección, desde la región de Damour hasta las laderas del monte Hermón a través del monte Líbano y al sur de la llanura de Bekaa; y la segunda franja de protección, desde Beirut al este, a lo largo del camino Beirut-Damasco.

Organización para la Liberación de Palestina.

Es una coalición de movimientos políticos y paramilitares creada por el Consejo Nacional Palestino en mayo de 1964 bajo los auspicios de la Liga Árabe, y considerada por ésta desde octubre de 1974, como la única representante legítima del pueblo palestino. Aquel mismo año, la Asamblea General de la ONU reconoció a la OLP como representante del pueblo palestino, otorgándole la condición de observadora. Antes de su creación las milicias palestinas armadas estaban dirigidas por el Movimiento Nacionalista de Liberación de Palestina (FATAH) fundado en Gaza en 1956 por Yasser Arafat, que se incorporó a la OLP. Los estatutos de la OLP identifican como enemigo al sionismo, el movimiento judío europeo para crear el Estado de Israel, que hace caso omiso de los derechos de los palestinos cuyas tierras necesitaban para fundar su Estado. El objetivo de la OLP es un Estado laico con los mismos derechos para todos los ciudadanos, musulmanes y cristianos (una minoría significativa de la población palestina).

Los campos de refugiados palestinos en el Líbano se remontan a la época de los primeros éxodos de palestinos desde Israel en 1948, cuando aproximadamente 400.000 tuvieron que concentrarse en los alrededores de Beirut, Tiro, Sidón y Trípoli. Pero la presencia palestina en el Líbano no se convirtió en un foco de atención política hasta que la OLP trasladó al país su centro de actividades por haber sido expulsada de Jordania en septiembre de

1970. El Líbano era ahora la nueva base desde que la OLP podía golpear sobre Israel, pero su presencia también creaba problemas al país que les acogía, ya que las acciones de las guerrillas palestinas ponían al país en conflicto con Israel. Esto produjo enfrentamientos entre la OLP y el ejército libanés. Por otro lado, en el Líbano la conducción de la OLP recibió un trato preferencial de los árabes sunitas locales lo que le permitió incrementar su poder, estableciendo una vasta red militar de lugares de adiestramiento que abarcaba desde el bolsón de Tiro hasta el mismo Beirut. Asimismo, la OLP creó una organización paralela al gobierno central libanés con su propio ejército, su particular sistema legal y procedimientos especiales de entrada y salida del territorio que controlaba. Un verdadero Estado dentro de otro Estado. Hoffman (1999) señala que la OLP es un movimiento terrorista único en la historia ya que no sólo fue la primera organización terrorista verdaderamente internacional sino que practicó de forma consistente una orientación mucho más internacionalista que otros grupos terroristas, formando en campamentos de Jordania, Líbano y Yemen para principios de los ochenta a miembros de al menos cuarenta grupos terroristas de Asia, África, América del Norte, Europa y Medio Oriente. El propósito de esta función "educativa" de la OLP no era totalmente filantrópico ya que los participantes extranjeros de estos cursos tenían que pagar entre 5.000 y 10.000 dólares cada uno por un programa de instrucción de seis semanas de duración y, además, muchos de ellos eran utilizados para realizar operaciones conjuntas con los fedayines palestinos.

La implicación palestina en la guerra civil del Líbano en 1975 originó un nuevo enfrentamiento con la población cristiana maronita y con Siria, cuyas fuerzas intervinieron en el conflicto libanés. No obstante este peligroso enfrentamiento con Siria pronto fue remediado cuando en 1977 el presidente egipcio Sadat lanzó una iniciativa de paz en Medio Oriente que excluía a los palestinos. La OLP se unió a Siria y otros países árabes en su rechazo a la política de Sadat.

En junio de 1982, el número de palestinos en el Líbano ascendía a unos 400.000. El orden de batalla de sus fuerzas permanentes en el Líbano alcanzaba a 23.000 combatientes organizados en unidades de nivel batallón bajo el comando del Supremo Consejo Militar que tenía su asiento en Beirut occidental,

sede de su centro administrativo y logístico. Las fuerzas palestinas se organizaron en la región de la “Tierra de Fatah”, ubicada en la ladera suroccidental del Monte Hermón, al sur del Monte Líbano, en la región de Nabatieh y a lo largo de la llanura costera. El despliegue de sus medios le permitía dominar algunos centros poblados protegiendo sus bases y campos de entrenamiento. Su armamento comprendía toda la gama del arsenal terrestre de las fuerzas del Pacto de Varsovia. Estaban muy bien equipados de armas ligeras y de apoyo: AK 47s, lanzacohetes RPG, ametralladoras de varios tipos y fusiles sin retroceso, sin embargo carecían de armas pesadas. Sus viejos carros T-54, sus cohetes Katyusha y sus armas de apoyo de fuego estaban muy por debajo de los modernos sistemas de armas de las fuerzas armadas israelíes. Su artillería de campaña, ubicada en la zona general de Tiro y Nabatiye, tenía dentro de su alcance a parte del norte de Israel.

Las milicias cristianas maronitas.

La más importante de las milicias cristianas maronitas, popularmente conocida como la Falange o Kataeb, operaba en la zona oriental de Beirut y en las áreas suburbanas este y norte que rodean a la ciudad capital, controlando además para junio de 1982 aproximadamente el 15% del resto del territorio total del país, dominando algunas zonas sobre el camino de la costa y algunas localidades situadas en el valle del Bekaa. La organización de los elementos de esta milicia no sobrepasaba el nivel de unidad táctica y estaban armados con material procedente tanto del bloque occidental como de los países bajo la órbita soviética. Además de los falangistas, en el norte del Líbano, especialmente en la ciudad de Trípoli, estaba el Movimiento Marada comandado por la tradicional familia Frangieh y los Tigres, una milicia pro-occidental bajo la dirección de la familia Chamoun.

Las milicias drusas del Frente Izquierdista de Liberación Popular.

Los drusos son una secta musulmana minoritaria cuyas milicias dominaban para junio de 1982 la zona de los montes Shouf, al este y sureste de Beirut. El centro urbano más importante bajo su control era Moukthara. Contaban con

aproximadamente 1.500 combatientes pero que casi no tenían armamento que pudieran utilizar. Su órgano político era el Frente Izquierdista de Liberación Popular, alineado ideológicamente con Siria y la URSS, estaba liderado por Walid Jumblat.

Las milicias chiitas.

El grupo más poderoso de la comunidad chiita era la organización Amal que tenía una gran influencia sobre la población musulmana que se asentaba en el oeste de Beirut, en el noreste y este del país y en todo el sur del Líbano. Los milicianos integrantes de este grupo contaban con armamento liviano y pesado de infantería y estaban comandados por el líder nacionalista Nabih Berri.

El Ejército del Sur del Líbano.

Conocido también como la Milicia del Líbano Libre era uno de los desprendimientos del antiguo ejército libanés y estaba comandado por el mayor Saad Haddad, un cristiano maronita que controlaba una angosta franja del terreno hasta el río Litani en la zona de frontera con Israel. Este “ejército” disponía de aproximadamente 1.500 efectivos que se organizaban en elementos de infantería mecanizada. Los hombres del Ejército del Sur del Líbano vestían uniformes israelíes despojados de las insignias originales y sus tanques y jeeps llevaban sus marcas israelíes.

Los elementos militares de la Organización de las Naciones Unidas.

Los elementos militares de la ONU que se encontraban desplegados en la región en junio de 1982, eran los siguientes:

- Organización de las Naciones Unidas para la Supervisión de la Tregua en Palestina (UNTSO): Fue creada al concluir la Guerra por la Independencia en 1948 como una fuerza de observación. Operaba en la Península del Sinaí, en el canal de Suez, en las alturas del Golán, en la Franja de Gaza, en Jordania,

en Beirut y en el sur del Líbano. Su comando central estaba situado en Jerusalén Oriental y sus observadores militares actuaban desarmados.

- Fuerza Interina de las Naciones Unidas en el Líbano (UNIFIL): Se estableció con posterioridad a la Operación Litani con la finalidad de confirmar la retirada de la zona de las fuerzas armadas israelíes. La misión autorizaba al uso de la fuerza para restablecer la paz y la seguridad en ese territorio.
- Fuerza de las Naciones Unidas para la Separación de Fuerzas (UNDOF): Se estableció con posterioridad a los acuerdos de Camp David entre Egipto e Israel para disponer las bases para la devolución de la península del Sinaí y la separación de las fuerzas sirias de las israelíes en las Alturas del Golán.

Operación “Paz para Galilea”

En junio de 1982, con la excusa de una tentativa de asesinato contra su embajador en Londres, Shlomo Argov, perpetrada por el grupo palestino Abu Nidal, Israel comenzó la Operación “Paz para Galilea” con el objetivo de terminar con la amenaza de la OLP. El ataque contra el embajador israelí se sumó a la larga lista de ataques llevados a cabo por los fedayines palestinos desde el cese al fuego de julio de 1981. De acuerdo con la interpretación de las organizaciones palestinas, el acuerdo era válido solo dentro del área del Líbano, por lo que intensificaron atentados en la frontera con Jordania y fuera de Israel. El día después del ataque, aviones israelíes alcanzaron nueve objetivos terroristas en el Líbano, dos de ellos en la capital, Beirut. Después del ataque aéreo, los palestinos tomaron represalias con intensos bombardeos contra comunidades israelíes en la región de Galilea.

Los Estados Unidos, que en 1978 bajo la administración demócrata de Carter había criticado la Operación “Litani”, en este caso el republicano Ronald Reagan dio luz verde a los israelíes que le habían comunicado sus intenciones. El objetivo declarado de la operación era hacer retroceder a las fuerzas palestinas 40 km al norte, limpiando las zonas dominadas por la OLP al sur del río Awali. A fin de vencer la oposición de la OLP con la menor cantidad posible de bajas, tanto para las fuerzas de ataque como para la población civil, la operación fue planeada como un

avance rápido hacia el interior del territorio libanés, en el que deberían eludirse y sobrepasarse los focos de resistencia que serían destruidos con posterioridad. Uno de los principales problemas con los que se enfrentaban las fuerzas israelíes eran las zonas edificadas del Líbano en los que la población civil libanesa convivía con algunos de los principales centros de la OLP. Echeverría (2009), sostiene atinadamente que se adoptó la decisión de eludir y sobrepasar las áreas pobladas esperando que el efecto psicológico del envolvimiento, el aislamiento y del encierro ablandara la resistencia e indujera a los fedayines a abandonar la zona de combate. Las columnas en avance tendrían como finalidad aislar a las fuerzas y bases terroristas de la OLP de sus elementos de apoyo en la retaguardia de las zonas orientales de Siria y el Líbano. El avance rápido hacia el objetivo final buscaba reducir la voluntad de interferir de las fuerzas armadas sirias e impedir las medidas antiisraelíes en el marco de la ONU.

El 6 de junio de 1982, aviones de la Fuerza Aérea israelí alcanzaron objetivos palestinos en el territorio del sur del Líbano, y barcos de la marina bombardearon las posiciones del fuego de los fedayines y alcanzaron sus vehículos a lo largo de la costa. Las fuerzas terrestres comenzaron a avanzar hacia sus objetivos poco antes del mediodía. Las primeras formaciones que se lanzaron al combate fueron las denominadas Galilea, Ga'ash y Sinaí, que se movieron a lo largo de tres ejes de avance: camino de la costa, Nabatieh y Tierra de Fatah. En la zona oeste de operaciones se decidió que para conseguir la máxima velocidad, se evitarían los estrechos pasos montañosos del suroeste, desplegándose una gran fuerza en la costa, unos tres kilómetros al norte de Sidón. La Formación de Galilea (unos 22.000 hombres con 220 tanques) avanzó dentro de la planicie costera, llegó al norte de Tiro y se apoderó del puente Kassamia que cruza el río Litani. El ataque terrestre fue combinado con un desembarco de unidades anfibas efectuado cerca de la desembocadura de dicho río. La fuerza blindada de la división continuó moviéndose hacia el norte, y llegó al sur de la ciudad de Sidón. La velocidad y potencia de fuego de los israelíes neutralizaron las defensas palestinas. La formación Ga'ash (18.000 hombres con 220 tanques) cruzó el puente Akia sobre el río Litani, se dirigió a Nabatieh y conquistó la zona de la aldea de Arnoun. El sector central era el ataque principal de esta fase de la operación. Cuando el puente Akia fue tomado, otro equipo aseguró el puente Khardale, que era el único paso restante disponible sobre

el río Litani. Una fuerza encabezada por la infantería de la Brigada Golani luchó contra aproximadamente 30 fedayines palestinos para capturar la fortaleza de Beaufort, un castillo cruzado fortificado, ubicado a aproximadamente un km al suroeste de la aldea de Arnoun, que representaba una posición estratégica de gran importancia. En el sector oriental el ataque se inició desde Metilla donde la formación Sinaí (38.000 hombres con 800 tanques) avanzó hasta la línea natural de defensa que unía Hasbaiya con Kaukaba.

Al comienzo de la tarde, dos fuerzas adicionales se pusieron en movimiento. La Formación de Acero cruzó el Litani como cabeza de la Formación Ga'ash, y durante la noche, sus fuerzas se concentraron en el norte del río. En una jugada paralela, tropas aerotransportadas fueron lanzadas en paracaídas a la desembocadura del río Aouali. Durante el día 7 de junio, la batalla contra los fedayines continuó con el objetivo de deteriorar su infraestructura en el sur del Líbano. En el sector occidental Tiro estaba completamente aislada y una unidad blindada alcanzó la localidad de Tireh. En el sector central las fuerzas israelíes consolidaron la ocupación de las alturas de Arnoun, en el área de Nabatieh y una brigada avanzó combatiendo hacia el norte hasta las montañas de Ibaa, donde se encontraban las posiciones sirias más adelantadas. El primer contacto con los sirios se produjo en Jezzine donde se logró una penetración parcial de sus líneas defensivas. En el sector oriental las fuerzas blindas y de artillería israelí avanzaron hasta Hasbaiya y Kaoukaba.

En el sector occidental, la lucha por Sidón comenzó el 8 de junio, y la ciudad fue conquistada en una dura batalla que involucró a las fuerzas blindadas y de infantería, así como a la Fuerza Aérea. En la zona central, la Formación Ga'ash continuó su progreso. Las fuerzas israelíes se movieron hacia el oeste y a lo largo de las orillas del río Zahrani en dirección a Sidón, y se unieron a las fuerzas paracaidistas. Algunas de las tropas permanecieron en Sidón, y otra parte continuó con las fuerzas de paracaidistas. La Formación de Acero tuvo la tarea de avanzar hacia el norte en las montañas Chouf (situadas al sureste de Beirut) y establecerse en la carretera Beirut-Damasco, en la región de Dahr al-Baydar. La división avanzó el 7 de junio hacia el río Aouali, pasando al oeste de las fuerzas sirias estacionadas en Jezzine. Al día siguiente cruzaron el río y continuaron su movimiento hacia Ain Zhalta. En este punto, se encontraron con fuerzas blindadas y comandos sirios, y su

progreso se ralentizó. En esta área, se lanzó una fuerza adicional para conquistar el área de Jezzine ocupada por las fuerzas sirias. Estas fuerzas se ubicaron en la zona de la ciudad de Jezzine, que se encuentra en las estribaciones meridionales de Jabel Barukh y hacia la cual convergen las carreteras de montaña de esta región, además de la carretera que va de la Bekaa a la llanura costera. En la mañana del 8 de junio, hubo un movimiento de las fuerzas sirias armadas y comandadas para reforzar el área de Jezzine, lo que generó temores de que las formaciones de Ga'ash y acero que pasaban al oeste de la región pudieran ser atacadas desde el flanco. La Brigada de Shizafon se dirigió a la Formación Sinaí, y se unió a las fuerzas de Verdi, que se habían encargado de apoderarse del área de Jezzine. Esa misma noche, el área fue conquistada. En la zona este, la Formación Sinaí avanzó ligeramente hacia el norte hasta la región de Deir Mimas, mientras intentaba evitar entrar en una lucha con las fuerzas sirias. Temiendo que los sirios participaran en la lucha a pesar de los mensajes de Israel, la Formación Etgar y las oficinas centrales del cuerpo se prepararon para tal eventualidad.

El 9 de junio, la guerra dio un giro, las fuerzas sirias se involucraron en la lucha, hasta la declaración del alto el fuego el día 11 de ese mes. El peligro de la pérdida completa del Líbano hizo que el presidente sirio Assad ordenara reforzar los emplazamientos de sus misiles superficie-aire SAM y para evitar que sus fuerzas terrestres quedaran a merced de la aviación israelí, envió a la lucha lo mejor de sus unidades de aviones caza. Las fuerzas terrestres sirias reforzaron su presencia militar en la región de Bekaa y fuerzas avanzadas al sur del lago Qaraoun dispararon fuego de artillería contra las fuerzas israelíes. Los fedayines palestinos de esta región continuaron manteniendo sus posiciones y las fuerzas sirias no les impidieron actuar. Hubo enfrentamientos con los sirios, en las regiones de Jezzine y Ain Zhalta. Israel intentó evitar estos enfrentamientos con los sirios, y les pidió que retiraran sus fuerzas a sus posiciones antes del comienzo de la guerra, y también para repeler a los palestinos que estaban en la zona siria al norte. A falta de una respuesta de Siria, Israel comenzó a actuar. Por la tarde, aviones de la Fuerza Aérea atacaron el sistema sirio de misiles superficie-aire, y destruyeron 17 de las 19 baterías desplegadas durante la Operación Cricket Mole. Durante la misma operación, 29 aviones cazas sirios fueron destruidos en ataques aéreos. Esta fue una de las batallas aéreas más importantes desde la Segunda Guerra Mundial. Ese

día, las fuerzas israelíes avanzaron y se apoderaron del área del Monte Líbano al sur y al norte de Jezzine, y llegaron a Jabel Barukh. “Verdi Force” bajó hacia el este y tomó el pueblo de Ein A-Tina, la Formación Etgar avanzó a lo largo de la cresta de Jabal Bir Dahar y la Formación Sinaí hasta Ain Atta. Al caer la noche, la captura de las posiciones sirias en el área se completó. En la zona occidental, la Formación Galilea continuó la lucha en Sidón para limpiar su entorno. Mientras se consolidaba la ocupación de Tiro, la batalla por Sidón era cada vez más violenta. Las fuerzas conquistaron Damour, avanzaron hacia las afueras del pueblo Sil, giraron hacia el este y comenzaron a avanzar hacia Beirut por la carretera de montaña que cruzaba el pueblo Meta. En la zona central, la lucha continuó en las alturas de Ain Zhalta, zona de gran valor táctico y estratégico porque estaban situadas a sólo tres kilómetros de la autopista Beirut-Damasco, desde donde se podía limitar o impedir el empleo de esta importante avenida de aproximación por parte de las tropas sirias. Sin embargo, la Formación de Acero no logró penetrar la defensa siria en este sector para continuar su avance. En el sector oriental, después de la ruptura de la línea defensiva de Hasbaiya-Kaoukaba, una fuerza de tareas penetró en el área al este del lago Qaraoun.

El 10 de junio, en el sector occidental con apoyo naval directo se llegó hasta las afueras de Khalde, a una distancia aproximada de doce kilómetros del centro de Beirut. En la zona central, la Formación de Acero conquistó Ain Zhalta antes de la noche del 10 de junio, y reanudó su avance antes de reunirse con otra división siria en la región de Ain Dara. En el sector oriental las fuerzas israelíes se prepararon para una incursión en la primera franja de protección siria. La fuerza aérea ayudó a las fuerzas terrestres, pero al hacerlo, disparó por error contra una fuerza de infantería israelí en el área de la aldea de Mashai, causando grandes bajas entre las filas de esta fuerza de infantería. Al anochecer, el batallón blindado se adelantó para tomar el cruce al sur de Sultan Yacoub. El batallón se encontró con más fuerzas sirias, y luchó duro durante la noche hasta que una fuerza de artillería y otras tropas acudieron en su rescate a la mañana siguiente. Al día siguiente, la batalla continuó en la zona oriental y las fuerzas sirias fueron eliminadas, pero sin un progreso real de las fuerzas israelíes, excepto el de la Formación Sinaí, que llegó a la región de Yinta. Las fuerzas israelíes estabilizaron el frente antes del alto el fuego que entró en vigor en la mañana de ese mismo día, debido a un acuerdo con las fuerzas sirias

realizado con la mediación de los Estados Unidos. Durante los primeros seis días de combate un territorio de aproximadamente 4.500 kilómetros cuadrados había sido conquistado por las fuerzas israelíes. Sin embargo, Israel excluyó en forma explícita a la OLP de todo convenio y reiteró su derecho e intención de continuar con las operaciones necesarias para la destrucción completa de esa organización en territorio libanés. En la zona occidental, la Formación Galilea continuó despejando el área. Las fuerzas de la Formación Ga'ash avanzaron a la aldea de Sil y al sur del aeropuerto de Beirut. Los fedayines en esta área no respetaron el alto el fuego, y la lucha continuó. La Brigada de Paracaidistas avanzó hacia terrenos montañosos mientras luchaba contra las fuerzas sirias y terroristas, y el 13 de junio, poco antes del mediodía, unió fuerzas con las fuerzas cristianas en la aldea de Shima. A partir de ahí, las fuerzas avanzaron en el territorio bajo dominación cristiana, hacia el este de Beirut. El alto el fuego en la región de Beirut era inestable. Las fuerzas israelíes se colocaron al este y al sur de la capital libanesa, pero las fuerzas sirias y palestinas ocuparon el oeste de la ciudad y la cresta que domina la ciudad oriental.

Los intentos de estabilizar el alto el fuego fracasaron y se decidió aumentar el nivel de vigilancia de las fuerzas israelíes en la zona y reforzar el asedio a Beirut. Del 20 al 25 de junio, las fuerzas paracaidistas y la Formación de Acero avanzaron desde el oeste y sur respectivamente, y conquistaron la región que dominaba Beirut. Las fuerzas sirias en este punto se retiraron a la Bekaa. Con esta toma, las fuerzas de defensa israelíes obtuvieron el control de la carretera Beirut-Damasco y el control de Beirut por el este. Durante un mes y medio, tuvo lugar una lucha en Beirut, en un contexto de endurecimiento del asedio y la evacuación de los terroristas de la ciudad. Los objetivos se lograron durante la lucha. Durante este período, las fuerzas israelíes tomaron el aeropuerto de Beirut y los distritos del sur de la ciudad, así como puntos clave que reforzaron la influencia de las FDI en el este de Beirut. Hacia mediados de agosto, se llegó a un acuerdo para la evacuación de los fedayines palestinos y las fuerzas sirias de Beirut. La evacuación se llevó a cabo bajo la égida de una fuerza internacional. Los palestinos fueron evacuados por mar a los Estados árabes, que estaban listos para recibirlos, y las fuerzas sirias fueron evacuadas por el camino Beirut-Damasco hacia el territorio ocupado por las fuerzas sirias en la región de Bekaa. La evacuación se completó el 31 de agosto.

Echeverría (2009) señala que el número total de bajas reconocidas por las fuerzas israelíes de defensa fue de 368 muertos, 2.383 heridos y 9 prisioneros de guerra. Por su parte, la OLP tuvo aproximadamente 1.000 muertos y 9.064 prisioneros. Finalmente, las fuerzas armadas sirias sufrieron cientos de muertos, unos 1.500 heridos y 296 prisioneros de guerra. Sin embargo, a comienzos de septiembre de 1982, tres divisiones sirias continuaban desplegadas en el Líbano y una cuarta división ocupaba la zona contigua a la frontera sirio-libanesa.

En septiembre de 1982, luego de tres meses de sitiar Beirut, Israel aceptó la intermediación internacional que acordaba la salida de los combatientes palestinos, a los que se les permitió solamente llevar sus armas personales. La OLP había perdido todo su arsenal de guerra en lo relacionado con el armamento pesado. La invasión israelí destruyó toda la infraestructura administrativa de la OLP que Arafat intentó luego reconstruir en Túnez. Pero lo más importante era que la OLP había perdido la relevancia y protagonismo después de haber ocupado el centro de la escena durante los años posteriores a la Guerra de los Seis Días.

Acontecimientos importantes posteriores a la Operación “Paz para Galilea”

Finalizada la Operación “Paz para Galilea”, las fuerzas israelíes de defensa permanecieron en el Líbano ocupando parte Beirut y el sur del país. Con la OLP prácticamente fuera de escena, el gobierno central libanés comenzó con la reconstrucción del país, conviviendo con la ocupación de las fuerzas armadas israelíes y sirias, mientras controlaba parte de la capital y la franja mediterránea de su territorio hacia el norte.

Bajo la ocupación israelí y siria se realizaron elecciones de las que fue ganador el líder de las milicias cristinas maronitas Bashir Gemayel. El asesinato del presidente electo el 14 de septiembre fue la excusa para que Beirut fuera la primera capital árabe invadida y ocupada durante un par de semanas por fuerzas israelíes. El hermano del presidente asesinado, Amin Gemayel, se hizo cargo del gobierno. La salida de los combatientes fedayines dejó indefensos a los civiles ancianos, mujeres y niños en los campos de refugiados palestinos. La noche del 15 al 16 de septiembre, bajo la mirada permisiva de los israelíes, milicias cristianas maronitas

entraron en los campos de Sabra y Shatila, donde en los siguientes dos días masacraron a más de mil quinientos inocentes para vengar la muerte de Bashir Gemayel. La matanza provocó un escándalo internacional que impuso el retiro de Israel.

La invasión israelí al Líbano, la muerte de entre quince a veinte mil palestinos, libaneses y sirios, la ocupación de Beirut, la expulsión de la OLP y las masacres de Sabra y Shatila acontecieron sin que ningún país árabe interviniera. Entre 1982 y 1987 la cuestión palestina prácticamente desapareció de la agenda internacional. Volvió a ser noticia recién en diciembre de 1987, con el estallido de la llamada primera Intifada, que fue la sublevación de la población de los territorios palestinos contra la ocupación militar israelí.

Tras la ocupación israelí, los palestinos y sus aliados iniciaron una campaña de guerrillas y ataques suicidas con los que fuerzan a los israelíes a retroceder de nuevo al sur del Litani, dejando solos a sus aliados cristianos. Frente a la situación del país, tropas de la ONU se establecen en el Líbano, principalmente en el sur y tratan de reorganizar el gobierno y las fuerzas armadas libanesas, además de una fuerza de coalición formada por EE. UU., Francia, Italia y Reino Unido que intenta restablecer la paz en la capital. En abril de 1983, un terrorista suicida hace detonar una furgoneta de reparto embalada con explosivos delante de la Embajada estadounidense en Beirut, matando a sesenta y tres personas. En octubre, dos camiones bomba matan cincuenta y ocho servidores franceses y 241 militares americanos en ataques casi simultáneos sobre sus respectivos cuarteles. Un tribunal estadounidense determina que los bombardeos eran el trabajo de un grupo emergente islámico militante chiita, llamado Hezbolá, agregando que recibe ayuda de Irán. Mientras que Hezbolá, Irán, y Siria niegan cualquier papel en el asunto, funcionarios israelíes citan pruebas de que el régimen sirio estuvo implicado. Dentro de los cinco meses siguientes, EE UU., Francia y otras tropas extranjeras dejan Líbano, que se sumerge en un conflicto civil mucho más profundo.

Las fuerzas de defensa israelíes ocuparon Beirut hasta julio de 1983, cuando dieron el primer paso para abandonar el territorio ocupado, que consistió en replegarse hasta las márgenes del río Awali, situado al norte de Sidón. Toda la zona

comprendida entre el río Awali y la frontera israelí siguió ocupada hasta 1985, cuando las fuerzas israelíes retrocedieron hasta el límite de la “zona de seguridad”. En esta quedó operando la milicia del Ejército del Sur del Líbano que era sostenida por Israel. El 25 de julio de 1983, tras el asesinato de siete soldados israelíes en el sur del Líbano, las fuerzas de defensa israelíes pusieron en marcha la Operación “Rendición de Cuentas” (la “Guerra de los Siete Días” desde la óptica panarábica), en la que el sur del país sufrió la mayor ofensiva militar israelí desde 1982. El objetivo de la operación era conjurar la amenaza que representaba la organización chiita Hezbolá que se había transformado en la principal milicia en la zona en reemplazo de la emigrada OLP. En el transcurso de la semana que duraron los combates, más de 55 pueblos sufrieron graves destrozos y 30.000 civiles fueron desplazados hacia Beirut. Los combates acabaron al llegar las partes contendientes, con la mediación de Estados Unidos, a un acuerdo de carácter oral por el que se estipulaba que los combatientes de Hezbolá no atacarían el norte de Israel con sus cohetes Katiushas y que los israelíes no atacarían a personas o blancos civiles en el Líbano. Sin embargo, este acuerdo no acabó con los combates, trasladados a la “zona de seguridad” y al norte de Israel, donde se ejecutaron ataques de represalia por ambas partes y de los cuales continuaron siendo víctimas los civiles libaneses e israelíes que vivían en la zona.

Faltando el elemento que imponía un cierto orden en la región que era lo que representaban las fuerzas armadas israelíes, las diferencias y rivalidades entre las distintas milicias libanesas provocaron nuevos y frecuentes enfrentamientos armados que fueron configurando el escenario para la continuación de la Guerra Civil que se había iniciado en 1975. Irak sostenía a la milicia cristiana maronita liderada por el General Michel Aoun, Irán apoyaba a la organización chiita Hezbolá como forma de expansión de la revolución islámica de esta orientación y Siria buscaba ser el actor estratégico que dirigiera los destinos del Líbano. En 1987, con el pretexto de pacificar el país y detener los combates entre las distintas facciones, las fuerzas armadas sirias volvieron a entrar a Beirut. En 1988, Aoun reemplazó como presidente a Amin Gemayel y desde el comienzo de su mandato quiso restablecer la autoridad del gobierno central libanés y expulsar a los miembros del ejército sirio. A partir de allí, diversos intentos de paz y reconciliación fracasan, en parte impedidos por las milicias palestinas, por lo que se forma una alianza entre las

fuerzas cristianas, izquierdistas, sirias y de musulmanes libaneses para enfrentarles. Se inicia lentamente la desmovilización de los combatientes y su inclusión en la política formal. La incipiente guerra civil fue detenida mediante el Acuerdo de Ta'if, firmado en septiembre de 1989 bajo el auspicio de la Liga Árabe. Este acuerdo buscaba reglamentar la normalización de la vida política libanesa introduciendo las necesarias reformas constitucionales, permitiendo a todos los refugiados y desplazados volver a sus regiones de origen y disolviendo todas las milicias y facciones libanesas y no libanesas que habían tenido un rol activo en el conflicto.

La reforma constitucional benefició a los sunitas ya que les dio un poder que no se correspondía con la verdadera relación de fuerzas existente en el seno de la comunidad musulmana, donde los chiitas eran ahora una clara mayoría, lo que generó el descontento de las organizaciones Amal y Hezbolá. Tampoco conformó a los cristianos maronitas que perdieron parte del gran poder que antes ostentaban antes de la Guerra Civil, a raíz del menor peso de su caudal demográfico, del declive de su anterior superioridad económica y de la fragmentación de sus milicias en grupos antagónicos que se combatían entre sí. Sin embargo, en 1990 las últimas zonas de conflicto, especialmente en Beirut, son pacificadas y un año más tarde se concede una amnistía general a los ex-combatientes, aunque la ocupación siria de parte del norte y este del país durará hasta 2005 y la israelí de la zona meridional hasta el 2000. Esta larga Guerra Civil costó la vida de entre 130.000 y 250.000 personas, otro millón resultó herido, 100.000 con diversos grados de discapacidad permanente y otro millón huyó del país al exterior.

El 11 de abril de 1996, tras los asesinatos de varios israelíes en la frontera norte del país, Israel emprendió la Operación "Uvas de la Ira", que se prolongó por espacio de 17 días y que supuso la reanudación de los ataques aéreos contra Beirut por primera vez desde 1982. La armada israelí bloqueó los puertos de Beirut, Sidón y Tiro. Más de 300.000 libaneses y 30.000 israelíes se vieron obligados a huir de sus hogares para no perecer en la contienda. Las bajas civiles fueron, no obstante, cuantiosas. El 18 de abril, la artillería del ejército israelí atacó un cuartel de UNIFIL situado en Qana, lugar donde se habían refugiado 800 civiles. El resultado fue 102 personas muertas y numerosos heridos. Este incidente pasó a ser recordado por los libaneses como la matanza de Qana. Ante la reprobación del

mundo entero el 16 de abril las hostilidades acabaron con un nuevo acuerdo ahora escrito, con disposiciones relativas a la protección de los civiles. Para supervisar su aplicación se creó un Grupo de Vigilancia formado por Estados Unidos, Francia, Siria, Líbano e Israel. En mayo de 2000, tras veintidós años de ocupación, el ejército israelí se retiró de los territorios ocupados en el sur del Líbano. De esta manera se materializaba la resolución 425 del Consejo de Seguridad de la ONU de 1978, que establecía el total abandono del territorio libanés por parte de Israel. Asimismo el Consejo de Seguridad de la ONU demandó el desmantelamiento de las milicias que operaban en el suelo libanés. Los primeros en cumplir con esta exigencia fueron las milicias cristianas, las sunitas y las drusas. Sin embargo, las organizaciones chiitas Hezbollah y Amal no se desarmaron y continuaron desarrollando sus bases de apoyo, alegando que sus fuerzas todavía eran necesarias para defender el sur del Líbano. Los integrantes de la milicia cristiana del Ejército del Sur del Líbano y sus familias, aproximadamente unas 4.000 personas, fueron autorizados a residir en Israel, ya que seguramente serían masacrados cuando los nuevos dueños de la zona, la organización chiita Hezbollah, tomara el control efectivo del terreno.

Producida la total retirada israelí, el Líbano recuperó aparentemente su integridad territorial. Sin embargo, en la práctica, continuaban viviendo en su territorio 350.000 palestinos y la presencia militar de las fuerzas armadas sirias, estimada en unos 40.000 hombres, seguía siendo un factor perturbador para cualquier gobierno libanés. El 2 de septiembre de 2004 la ONU aprobó la resolución 1559 que exigía la retirada de todas las tropas extranjeras del Líbano, elecciones justas y libres y el desarme de todas las milicias. Las minorías cristianas, sunitas y drusas se unieron para demandar el fin de la presencia militar siria. El 14 de marzo de 2005, un mes después del atentado que mató al ex primer ministro Rafic Hariri, la oposición al gobierno del presidente pro-sirio Emile Lahoud reunió medio millón de personas manifestando pacíficamente y pidiendo la salida de las tropas sirias. La combinación de estos factores internos y externos no dejó mucha alternativa a Damasco que, además del debilitamiento interno, enfrentaba un severo aislamiento internacional. Finalmente, el 26 de abril de 2005, las tropas sirias regresaron definitivamente a su país.

Conclusiones parciales

- La paz firmada con Egipto permitió neutralizar la mayor amenaza a la seguridad del Estado de Israel por lo cual los dirigentes de este país decidieron aprovechar esta circunstancia para acabar con la presencia armada palestina en el Líbano que venía perturbando la vida de los habitantes del norte de Israel desde principios de la década del setenta. En este sentido, la Operación "Litani" tenía por objetivo el establecimiento de una zona tapón que tendría por límite norte el río homónimo libanés y que permitiría asegurar la seguridad de los asentamientos y poblaciones del norte israelí.
- La Operación "Paz para Galilea" es un jalón más de los distintos hitos que caracterizan al conflicto árabe-israelí desde la proclamación del Estado de Israel en 1948. Sin embargo, presenta características particulares y distintivas que la diferencian de las anteriores cuatro guerras árabes-israelíes. En este caso en particular el teatro de operaciones del conflicto se circunscribió al Líbano que anteriormente había permanecido ajeno a las anteriores guerras. Asimismo, los principales actores de este conflicto no serán los Estados-Nación árabes sino que el protagonismo principal del lado árabe lo tendrá la Organización para la Liberación de Palestina y una vez derrotada esta la posta será retomada por la organización chiita Hezbolá que pasará a ser uno de los actores estratégicos más importantes de la región.
- La invasión israelí al Líbano, la muerte de entre quince a veinte mil palestinos, libaneses y sirios, la ocupación de Beirut, la expulsión de la OLP y las masacres de Sabra y Shatila acontecieron sin que ningún país árabe interviniera, lo que dejó bien en claro que cada país árabe velaba primero por sus intereses individuales dejando en un segundo plano la causa panárabe que tanto decían defender. En este sentido, con la aplastante derrota que tuvo la OLP en la Operación "Paz para Galilea" la causa palestina prácticamente desapareció de la agenda internacional hasta que recién en 1987 volvió a la agenda internacional con el estallido de la llamada primera Intifada, que fue la sublevación de la población de los territorios palestinos contra la ocupación militar israelí.

- Posteriormente a la Operación "Paz para Galilea" los enfrentamientos entre las distintas milicias libanesas pareció recrudecer. Sin embargo, la incipiente guerra civil fue detenida mediante el Acuerdo de Ta'if, firmado en septiembre de 1989 bajo el auspicio de la Liga Árabe, aunque la ocupación siria de parte del norte y este del país durará hasta 2005 y la israelí de la zona meridional hasta el 2000. Producida la total retirada israelí y siria, el Líbano recupero aparentemente su integridad territorial. Sin embargo, en la práctica, continuaban viviendo en su territorio 350.000 palestinos y la presencia militar de la organización chiita Hezbolá seguía siendo un factor perturbador para cualquier gobierno libanés.

Capítulo III: El surgimiento de Hezbolá y el carácter de la guerra contemporánea

Este capítulo tendrá por propósito analizar el surgimiento de la organización chiita libanesa Hezbolá, las tácticas y estrategias de combate que utilizó en su conflicto con Israel y comprender como estos aspectos influyeron en el carácter de la guerra contemporánea. Las técnicas empleadas son la obtención, análisis, integración e interpretación de la bibliografía escrita y digital existente sobre la problemática de estudio.

La Revolución Islámica Iraní

El año 1979 marcó un antes y un después en el conflicto de Medio Oriente ya que durante el transcurso del mismo, se produjo por un lado el entierro del panarabismo, con la firma del acuerdo de paz entre Egipto e Israel y por el otro el surgimiento del islamismo en la política internacional con la intervención militar soviética en Afganistán y la revolución contra el shah aliado de EE.UU. en Irán. El islamismo llegó al poder y se transformó en una fuerza política en la agenda internacional con la Revolución Islámica en Irán, un país no árabe sino persa, mayoritariamente chiita, el primero en la región de Medio Oriente en tener una constitución moderna y una potencia militar regional que representaba los intereses norteamericanos en la zona. Derghougassian (2017) sostiene que el fenómeno sorprendió al mundo, que no asociaba revolución con religión y menos consideraba al islam como una fuerza revolucionaria.

Brieger (1996) señala que el gobierno del shah Muhammad Reza Pahleví se construyó sobre características particulares: la nostalgia de dos mil años de imperio persa, la ideología nacionalista basada en el chovinismo persa, la convicción de que Irán era un país ario y un culto muy especial al liderazgo monárquico. La fabulosa riqueza acumulada gracias al petróleo había permitido dotar al país de una importante infraestructura. El shah, con el respaldo de un ejército sostenido militar, técnica y financieramente por los EE.UU. y de una policía, la Sawak, instruida en los peores métodos de la tortura, impuso en Irán una verdadera tiranía. Por otra parte,

rechazaba la simbología ligada al islam y su pasado árabe. Por el contrario, la Revolución Islámica en Irán se centró en figura y el pensamiento del imam Ayatolá Ruhollah Jomeini, un experto del misticismo musulmán que fue exiliado por sus críticas al gobierno del shah, primero en Qom (centro espiritual y de formación de los ulemas chiitas en Irak) y luego en París, desde donde desarrolló un pensamiento político que llamó a la emancipación de los chiitas, aprovechando la independencia que el clero iraní tenía con relación al régimen. Esta rama de la religión islámica integrada con la cultura milenaria persa había forjado la identidad cultural de Irán, lo que sumado a otros dos factores determinantes como el sentido de justicia social y el nacionalismo iraní, fueron el caldo de cultivo propicio para la revolución. Kepel (1991) sostiene que el detonante de la revolución fue la alianza entre una parte del clero revolucionario influida por Jomeini y las élites intelectuales islamistas frustradas en su ascenso social y formadas en un sistema educativo de excelente nivel. Esta alianza se puso a la cabeza de un movimiento cuya tropa serían los “desheredados” de las abarrotadas periferias, galvanizados por unos mulahs que dieron su aval a la revolución. El triunfo en Irán de la Revolución Islámica, que empezó en 1978 y terminó con la huida del shah el 16 de enero de 1979 y el regreso de Jomeini de su largo exilio el 01 de febrero del mismo año, provocó una profunda alteración geopolítica en la región de Medio Oriente por su abierta oposición y enemistad con los EE.UU., pero sin aceptar la lógica binaria de la Guerra Fría ya que también los comunistas eran considerados como enemigos de Dios. Garaudy (2001) sostiene en este sentido que esta fue la primera revolución no dirigida contra un régimen político, una estructura económica y social, sino contra una civilización, la de Occidente. Kepel (2000) señala claramente el carácter único de la revolución iraní residió en su capacidad de aglutinar a clases sociales diferentes, incluso antagónicas, para conseguir la conquista del poder, y convertir el discurso político islamista en el instrumento por excelencia de esta movilización, en detrimento de cualquier otra ideología que compitiera con él.

Inicialmente Jomeini aspiraba al establecimiento de un orden político monopolizado por los ulemas, la comunidad de estudiantes legales del Islam y la sharia. Sin embargo, la revolución se institucionalizó como una República Islámica, con una estructura muy parecida a un Estado moderno occidental, con un sistema político que combinaba el presidencialismo y el parlamentarismo, quedando como

factor distintivo característico la instancia de la figura del Guía Supremo de la Revolución, que quedaba obviamente reservada para el Ayatolá Jomeini. Pero la Revolución Islámica aspiró a mucho más que al derrocamiento de un régimen corrupto como el del shah o a la edificación de un orden político en un contexto territorial, constituyéndose en una inspiración para todos los países musulmanes donde el islamismo como ideología se acentuó y generó estructuras partidarias, movimientos de masas y otras organizaciones sociales y políticas, que desplazaron al nacionalismo panárabe que había marcado la agenda del conflicto árabe-israelí. Sin embargo, la revolución no logró una adhesión masiva del resto del mundo musulmán ya que la particularidad chiita de la misma impidió que se propagara hacia otros países islámicos de mayoría sunita. La década del ochenta se caracterizó por la disputa entre Arabia Saudita e Irán para definir quien ocupaba el rol hegemónico en el mundo islámico. Irán intentaba propagar el germen revolucionario y los sauditas frenar este avance utilizando las redes financieras y las redes islámicas sunitas wahabitas. En esta disputa se insertó la guerra iniciada en 1980 por Irak contra Irán, que duró hasta 1988.

En ningún otro lugar la influencia de la Revolución Islámica de Irán ha sido tan notoria como en el Líbano. Oficialmente la comunidad chiita era la tercera más importante en el país, luego de los cristianos maronitas y de los árabes sunitas. En este contexto y según el Pacto Nacional los chiitas ocupaban la presidencia del parlamento libanés. Esa función la habían asumido miembros de familias terratenientes que dominaban los asuntos de la comunidad y la representaban incluso cuando muchos de ellos estaban radicados en Beirut y tenían, por tanto, poco contacto con la gente común concentrada en el sur del país y en el valle de la Bekaa. Socialmente, los chiitas eran en general de clase baja y estaban marginados políticamente. En el despertar de la identidad política chiita en el Líbano fue decisiva su conciencia de “desheredados” que el imán Musa Sadr, un joven clero de origen iraní de mucha popularidad formado en Qom (el centro religioso asociado a Jomeini), acuñó cuando empezó en la década del setenta un movimiento en defensa de los pobres y marginados de la comunidad chiita. Sadr creó la primera organización política chiita, el Movimiento de los Desheredados-Brigadas de Resistencia Libanesa, cuyas siglas en árabe forman la palabra Amal (Esperanza) y el Consejo Supremo chiita para dotar a la comunidad de un órgano institucional y

poner límite al predominio que hasta entonces tenían las grandes familias terratenientes de Beirut. Musa Sadr se erige en el máximo defensor de los derechos de los desheredados chiitas, a quienes promete justicia social, el respeto de las demás comunidades libanesas, el poder político y una importancia institucional acorde con su peso demográfico, así como una vuelta a las esencias y valores del islam. El epicentro del movimiento se encontraba en el valle del Bekaa y en los suburbios del sur de Beirut. En 1978, mientras la revolución estaba en pleno proceso en Irán, Sadr desapareció en Libia, hecho que conmovió profundamente a los chiitas de todo el mundo. La desaparición del imán dejó a la organización sin el carisma de su líder y en manos de un hombre laico, Nabí Berri, que acabó convirtiéndose en uno de los señores de la guerra civil del Líbano, que Musa Sadr tanto había criticado.

Los ecos de la Revolución Iraní se sintieron con fuerza en el Líbano, sin embargo Amal nunca aspiró a importar la revolución sino que luchaba para asegurar a los chiitas un rol más importante dentro del sistema sectario libanés sin por eso buscar cambiarlo de raíz. Los iraníes enviaron en 1982 al Líbano mil pasdaranes (guardianes de la revolución islámica), para ampliar su ámbito de influencia en un país de mayoría chiita y para contrarrestar lo que ellos consideraban un preocupante exceso de cordialidad por parte de los chiitas libaneses del sur hacia las tropas israelíes que acababan de invadir el país ese mismo año. A diferencia de Amal, la organización chiita Hezbolá, que se formó a raíz de la intervención directa de la embajada iraní en Beirut, levantó las banderas de la revolución, declarando como objetivo la creación de una república islámica en el Líbano y la lucha contra la ocupación israelí del sur del país. Pronto ganaría una gran credibilidad como organización patriótica y gozaría de la admiración y hasta el apoyo no solamente de los más conservadores y ultrarrigoristas de los chiitas sino también de sectores de musulmanes sunitas como de cristianos.

El surgimiento de la organización chiita libanesa Hezbolá

El surgimiento de la organización socio-político-militar chiita libanesa Hezbolá (Partido de Dios) es producto de tres acontecimientos que influyeron sensiblemente sobre la comunidad chiita del Líbano: la fractura del movimiento chiita Amal en 1978

producto de la desaparición de su líder el imán Musa Sadr, el triunfo de la Revolución Islámica Iraní en 1979 y la invasión israelí del sur del país en 1982. El partido-milicia Hezbolá surgió con la fusión de tres organizaciones: el partido al-Dawa al-Islamiya (llamada islámica), movimiento islamista fundado en 1956 en Irak por el imán Mohammed Bakr el-Sadr; el Amal Islámica de Hussein Musawi, que se separa de Amal tras la desaparición de Musa Sadr, y algunos elementos de la izquierda libanesa chiita Hezbolá integraba en un mismo paquete los reclamos políticos, económicos y sociales de la comunidad chiita libanesa con la ideología islamista radical proveniente de Irán. Bartolomé (1999) señala que la relación de Hezbolá con Irán se sustenta en cuatro factores: el primero su reconocimiento de Jomeini y luego de su sucesor Jhamenei como guías espirituales; segundo, su adhesión a la postura iraní de emplear al Islam como herramienta para combatir al imperialismo; tercero, la coincidencia de ambas partes en cuanto a la ilegitimidad del Estado de Israel; finalmente, el respaldo financiero de Teherán para que la organización pueda prestar servicios sociales básicos a la población y ejecutar operaciones militares contra Israel en el territorio meridional libanés. El objetivo declarado inicialmente por la organización fue la liberación de Jerusalén, la eliminación del Estado de Israel y, en última instancia, establecer un Estado islámico en el Líbano. Ehud Barak, ex primer ministro israelí, destacó: “Cuando entramos en el Líbano no existía Hezbolá. Los chiitas nos recibieron con flores y arroz perfumado. Nuestra presencia creó a Hezbolá.” El líder espiritual de Hezbolá, el jeque Muhammad Hussein Fadlallah, considera que la organización se halla inmersa en una lucha de autodefensa contra Israel justificada e incluso ordenada por Dios ya que la yihad en el islam es un movimiento defensivo contra aquellos que imponen la violencia. Fadlallah ejerce una influencia política y religiosa sin entrar en la gestión operativa de los militantes de la organización. El emblema de Hezbolá son sus siglas en árabe con un puño tomando un fusil, un libro y una espiga en verde, sobre fondo amarillo. Tanto su simbología como su discurso antiimperialista y su base social hacían que pudiera aparentar afinidades con otros movimientos insurgentes tercermundistas. Sin embargo, Hezbolá no es marxista ni socialista, combina posiciones anticolonialistas, proteccionistas y asistencialistas con fundamentalismo religioso y elementos de conservadurismo social.

Levitt (2015) sostiene que el partido de Dios trazó sus principales objetivos en una carta abierta dirigida a todos los oprimidos del Líbano y el mundo. En primer lugar, la carta prometía expulsar del Líbano a los elementos coloniales (los estadounidenses, los franceses y sus aliados). En segundo lugar, se comprometía a llevar a los falangistas cristianos ante la justicia por los crímenes cometidos contra los musulmanes. Por último, la carta alentaba al Líbano a instaurar un régimen islámico. A partir de su fundación Hezbolá desarrolló una intensa actividad social y cultural con base en la comunidad chiita libanesa, ocupando los espacios vacíos dejados por el Estado libanés. El movimiento cuenta con una infraestructura civil que provee a la población de servicios sociales, sanitarios y educativos. En el seno de la comunidad chiita, una considerable tarea caritativa, que disponía de un importante apoyo logístico y financiero iraní, permitió que se distribuyeran recursos a la juventud pobre a través de la red que formaban los clérigos religiosos afiliados a la organización. Su campaña de reconstrucción Jihad al-Bina ha realizado varios proyectos de desarrollo económico y de infraestructuras en las áreas del Líbano con mayoritaria población chií. Asimismo Hezbolá intentó mostrar su condición de partido político con el objetivo de cubrir a la organización de cierta legitimidad y legalidad. Pero por otro lado la organización desarrolló un aparato militar clandestino constituido por una gran cantidad de grupos integrados por células especialmente entrenadas para el desarrollo de actividades guerrilleras y terroristas. Habiendo comprobado que las fuerzas de defensa israelíes se preparaban para permanecer por largo tiempo en el Líbano, las células de Hezbolá, asistidas por unos 1.500 guardias revolucionarios iraníes entrados a suelo libanés, se prepararon a fin de resistir la ocupación. En este sentido, Hezbolá es considerado un grupo terrorista por Israel y Occidente pero es visto como una organización de resistencia nacional para el mundo árabe.

Los efectivos de la organización en la década del ochenta se estimaban en 5.000 combatientes apoyados por miles de simpatizantes más sin experiencia de combate. La milicia de Hezbolá era una fuerza ligera, equipada con armas portátiles, morteros, lanzagranadas, artillería de corto alcance y lanzadores múltiples Katiushas. El emplazamiento inicial de Hezbolá fue el valle de la Bekaa, lugar donde se encontraban sus bases y campos de entrenamiento. Posteriormente la organización se expandió al sur de Beirut e impuso su dominio sobre Baalbek. Si

bien la mayor parte de sus acciones políticas, sociales y militares tienen base en el Líbano, Hezbolá se constituyó desde un primer momento en un brazo armado clandestino de la Revolución Islámica Iraní, lo que llevó a que se señalara a esta organización como responsable de una gran cantidad de operaciones terroristas ejecutadas en distintos lugares del planeta. En este sentido, el Consejo Consultivo (Shura) de la organización recibe lineamientos políticos y estratégicos del Consejo de Defensa iraní en concordancia con los objetivos de la Revolución. Como contrapartida Hezbolá recibe una ayuda muy importante de Irán que consiste en financiación, armas y explosivos, entrenamiento, además de apoyo político, diplomático, administrativo y organizacional. La organización también se financia a través del impuesto religioso (zakat) que se recoge en las mezquitas. Se calcula que unos dos mil millones de dólares han ido a manos de Hezbolá desde principios de los 80.

Corrales y Locatelli (2017), postulan que las actividades guerrilleras y los atentados terroristas de Hezbolá se centran en tres objetivos:

- Líbano: es donde Hezbolá, con el apoyo y la dirección de la Guardia Revolucionaria Islámica Iraní, comenzó su actividad terrorista y guerrillera durante la Primera Guerra del Líbano, especialmente en la ciudad de Beirut, el sur del país y el valle de la Bekaa. En un principio los objetivos eran occidentales (principalmente estadounidenses y franceses), pero luego pasaron a ser prioridad las fuerzas de defensa y seguridad israelíes que operaban en el Líbano. Con el correr del tiempo las operaciones militares de Hezbolá fueron creciendo, añadiendo ataques a instalaciones militares, emboscadas de convoyes y sembrado de bombas caza-bobos.
- Israel: la población y la infraestructura económica y civil israelíes son los principales objetivos de la organización. Fuego de morteros pesados y artillería de lanzadores múltiples, tipo Katiuska, sobre posiciones civiles y militares israelíes, inclusive dentro de Galilea, pasaron a ser moneda corriente en la región. Hezbolá ha operado contra Israel mediante la introducción de miembros o colaboradores a través de la frontera, el apoyo financiero a organizaciones palestinas, el ataque a asentamientos e instalaciones varias, el secuestro de

personas, el contrabando de armas, explosivos y personas y la organización de grupos propios dentro de Israel, Judea, Samaria y en la ocupada Franja de Gaza.

- Estados Árabes y en el ámbito internacional: en la década del ochenta Hezbolá fue responsable de una ola de secuestro de aviones (incluido un avión de TWA, dos aviones de Kuwait y dos aviones de Air France), del ataque a las embajadas de EE.UU y Francia en Kuwait, de intentar asesinar al emir de Kuwait y de hacer explotar bombas en París para matar civiles franceses.

Los primeros ataques terroristas de Hezbolá se realizaron utilizando coches bomba conducidos por terroristas suicidas, influidos por la táctica de automartirio de las primeras sectas de los asesinos, los cuales se convirtieron en el sello distintivo de la actividad terrorista de la organización. Los ataques más destacados fueron el atentado a la embajada estadounidense en Beirut el 18 de abril 1983, con un saldo de 63 muertos, la explosión de las instalaciones de las fuerzas multinacionales en Beirut el 23 de octubre de ese mismo año que provocó la muerte de 241 marines estadounidenses y 58 soldados franceses, y la explosión de la base del Ejército de Defensa Israelí en Tiro el 04 de noviembre de 1983, con 60 miembros de las fuerzas de seguridad israelíes muertos. Además, durante la década del ochenta, la organización utilizó la captura y el secuestro de casi 100 ciudadanos occidentales e israelíes como una de sus principales armas. De ello obtuvo presencia en medios masivos de comunicación internacional, notoriedad y moneda de cambio para el canje de prisioneros. El más numeroso fue el intercambio de ocho soldados israelíes, capturados en septiembre de 1982, por 4.760 milicianos detenidos, operación que se concretó en 1983. Asimismo Hezbolá ha utilizado el asesinato selectivo como arma contra sus oponentes de las otras facciones comunitarias que integran el mosaico político libanés.

La particularidad de la situación libanesa, debilitamiento del Estado, presencia de fuerzas militares extranjeras, fraccionamiento del país en sectores dominados por distintas milicias, explosión demográfica de la comunidad chiita y crecimiento poblacional de los sectores más humildes del país, posibilitaron la aparición de esta milicia-partido islamista radical, que a través de la utilización del terrorismo como arma tanto táctica como estratégica, se convirtió en un actor fundamental no sólo

del Líbano (sobre todo en el sur del país), sino también de toda la región de Medio Oriente, en donde se constituyeron en la espada más valiosa de la Revolución Islámica Iraní. El desarrollo de Hezbolá en la comunidad chiita libanesa fue el único éxito conseguido por la exportación de la revolución islámica. Esta consiguió crear un movimiento islamista en el que unos humildes clérigos movilizaron a la comunidad pobre chiita con temas, consignas y acciones comparables a los de Irán, y además supo utilizarlo para hacer chantaje, a través del terrorismo, a los Estados que le eran hostiles. Hezbolá es la facción libanesa más importante y la única que consiguió mantener sus armas y camuflar a sus miembros como una resistencia islámica en respuesta a los términos del Acuerdo Taif, que terminó con la guerra civil libanesa y exigió el desarme de las milicias.

La evolución de los conflictos armados y el carácter de la guerra contemporánea¹

Como claramente lo postulaba siglos atrás el ilustre pensador prusiano Carl von Clausewitz, el determinar la naturaleza del conflicto en el cual las fuerzas militares están insertas constituye uno de los aspectos más importantes a la hora de planificar la próxima guerra. El mundo en el que actualmente vivimos presenta características distintivas que no pueden dejar de tenerse en cuenta en el diseño de nuestras fuerzas ya que el ambiente operacional en el que estas deberán desenvolverse limitará sensiblemente las operaciones militares que puedan ejecutarse. El mundo de la Post Guerra Fría se caracteriza por la incertidumbre que ha provocado el fin del bipolarismo a raíz la desaparición del enemigo tradicional de los EE.UU., la ex URSS, haciéndonos recordar las palabras del romano Catón quien se preguntaba sobre las ruinas de la desaparecida ciudad africana “¿Qué será de Roma sin Cartago?”. Asimismo, otros elementos que caracterizan al período histórico que actualmente vivimos son los siguientes:

- Inicio de un nuevo ciclo de globalización.

¹ La mayor parte de las ideas tratadas en el presente apartado son producto de los conceptos transmitidos por el Tcnl (R) Guillermo Campos en la materia Inteligencia Estratégica durante el transcurso del COEM del año 2008 y de los apuntes de la Materia Pensamiento Militar Contemporáneo de esta Especialización.

- La liberación de conflictos étnicos, religiosos, políticos, geopolíticos y económicos: ya que la desaparición del bipolarismo despertó fuerzas y conflictos antes controlados férreamente por las cabezas de cada bloque.
- Migraciones masivas hacia países desarrollados: producto de la necesidad de mano de obra y de mayores oportunidades económicas.
- Surgimiento de megaconcentraciones urbanas: lo que ha provocado que en estos nuevos espacios se presente un nuevo tipo de conflicto.
- Surgimiento, como actores en el sistema internacional, de distinto tipo de organizaciones no estatales: mafias, Organizaciones No Gubernamentales legales e ilegales; organizaciones insurgentes; corporaciones transnacionales, etc: nuevos actores internacionales que aprovechando la debilidad de los Estados, buscan reemplazarlos o dominar porciones geográficas de su territorio, erosionando su soberanía y limitando su libertad de acción para el ejercicio del poder nacional al interior y al exterior de los mismos.
- El impacto de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación: lo que provoca que se conmuevan todos los parámetros en donde actúa el hombre. Hay una explosión informativa que afecta la capacidad de procesamiento y dificulta el discernimiento entre lo verdadero y lo falso.
- La crisis de valores que afecta tanto al hombre (que ha alterado sensiblemente el marco valorativo que lo guiaba antiguamente poniendo al descubierto el individualismo, el hedonismo y el consumismo que caracterizan al hombre contemporáneo), la sociedad (donde se rompe el contrato social y el estado de derecho se retrotrae al estado de barbarie), como al Estado (en particular en lo que hace a su eficacia para satisfacer las necesidades de sus ciudadanos y en cuanto a la pérdida del monopolio del uso de la violencia): el profundo individualismo que caracteriza al hombre contemporáneo provoca la rotura del tejido social y la pérdida del poder efectivo del Estado.
- EE.UU. única superpotencia global: es un imperio pero no en el sentido tradicional. El rol imperial en la era de la globalización es gobernar el flujo del petróleo, las comunicaciones y el manejo financiero.
- Indefinición del orden internacional: uni o multipolar. Algunos autores sostienen que existe un orden multipolar jerárquico. Actualmente existe un polo económico y militar global (EE.UU.) y dos polos económicos (Alemania y Japón), junto a

varios que están surgiendo pero que todavía no se sabe si tendrán éxito (China e India).

- Continuidad del conflicto árabe-israelí como oposición religiosa y cultural entre oriente y occidente.

Asimismo, los cambios económicos, políticos, tecnológicos y organizacionales consecuencia de la era de la información provocaron un fuerte impacto en las estructuras de defensa de los estados y en la forma de pensar y actuar en la guerra. La naturaleza objetiva de la guerra incluye esos elementos que todas las guerras tienen en común como violencia, fricción, azar e incertidumbre. La esencia de la guerra, su naturaleza objetiva es inmutable, mientras que aquello que es propio de su desarrollo en una determinada época histórica, su carácter es lo que varía. El carácter de la guerra está siempre sujeto al cambio, tanto como los cambios que sufre el contexto en el cual se desarrolla, más su naturaleza es fija. Numerosos autores se han referido a la evolución de los conflictos armados y a la nueva forma de hacer la guerra que esta evolución ha traído como consecuencia. En lo que sigue del presente capítulo intentaremos hacer un relevamiento de aquellas ideas que consideramos fundamentales para poder entender la naturaleza de la problemática que se nos plantea y su influencia sobre el campo de las operaciones militares.

Toffler (1994) en su libro “Las Guerras del Futuro” sostiene que a lo largo de la historia de la humanidad, el modo en que los hombres hacen la guerra ha constituido un reflejo del modo en que trabajan, discriminando en ese sentido los siguientes períodos:

- Primera Ola (agrícola-ganadera): las guerras se realizaban siguiendo los intervalos entre las cosechas y las siembras y llevaban la impronta inconfundible de las sociedades agrarias que las suscitaron. Esta forma de guerra estaba basada en ejércitos cuya organización, equipo y liderazgo eran deficientes, y que se comprometían en combates sólo en determinadas temporadas. Las órdenes se transmitían verbalmente, la paga era irregular y por lo general en especias, siendo la naturaleza del combate cara a cara.
- Segunda Ola (industrial): la naturaleza de la guerra estaba fuertemente influenciada por la revolución industrial. La destrucción masiva se convirtió en el

principio nuclear de la actividad bélica de la era industrial. Los ejércitos en masa utilizaban armamento estandarizado producido en las líneas de montaje y trababan guerras ilimitadas basadas en el desgaste. Los oficiales eran militares instruidos en academias militares que comunicaban sus órdenes por escrito. La ametralladora y las fuerzas mecanizadas provocaron la creación de tácticas totalmente nuevas. La guerra dejó de ser una contienda entre dos gobernantes y se convirtió en una lucha entre pueblos unidos por naciones-estados. Esta forma de guerra alcanzó el punto culminante de su capacidad de destrucción masiva con la creación de las armas nucleares almacenadas por las superpotencias durante la Guerra Fría.

- Tercera Ola (conocimiento e información): las guerras se definen por el componente tecnológico. Esta forma de guerra emergente está basada en una nueva economía regida por la información. Las municiones guiadas por precisión, los robots, la tecnología no mortífera, el armamento dirigido por energía y los virus en las computadoras son todos considerados atributos de la guerra de la Tercera Ola. La eliminación de las masas, las capacidades para encontrar su nicho y la guerra cibernética también se tratan y, como resultado, han servido para formar a los oficiales militares en desarrollos tecnológicos avanzados.

Klare (2003) sostiene, desde otro punto de vista, que el futuro escenario del conflicto global se caracterizará por las guerras por los recursos. Su tesis central es que durante los años próximos las guerras por los recursos van a ser el rasgo más característico del entorno mundial de la seguridad. Klare explica la importancia crucial que ha tomado la competencia por los recursos en el mundo contemporáneo en los siguientes factores: la prioridad que los dirigentes nacionales asignan a las consideraciones económicas, el crecimiento exponencial de la demanda mundial de materias primas de todos los tipos a un ritmo insostenible, la carestía de algunas materias primas claves en el planeta, la inestabilidad social y política de las zonas que contienen grandes reservas de bienes indispensables y las disputas acerca de la propiedad de las valiosas fuentes de materiales y sustancias críticas. Asimismo tiende a agudizar todavía más el riesgo de conflicto alrededor de los recursos la creciente diferencia interna entre los habitantes ricos y pobres que registran muchos países en vías de desarrollo.

Los Doctores Lindsay Moore y Robert Bunker por su parte han formulado una “Teoría de las Épocas de la Guerra” donde dividen la historia de la civilización occidental en cuatro épocas basadas en las formas de explotación de la energía: la esclavitud humana (Época Clásica), animal (Época Medieval), mecánica (Época Moderna) y post mecánica (Época Post Moderna). Cada cambio en la forma de energía empleada determina formas sociales, económicas y políticas, que implican una revolución en los asuntos militares. El cambio en la cimiento de la energía social, la cual impacta de manera directa las formas de gobierno y sus sistemas económicos y militares, guía las hipótesis que apoyan esta teoría. La Cuarta Época, la Post Moderna, que es la que nos toca vivir, implica dos modos iniciales de guerra:

- De tecnología avanzada (guerra de la información, robots, armas de energía dirigida, armas inteligentes de precisión, etc).
- Guerra no Occidental (terrorismo, guerra asimétrica, conflictos de baja intensidad).

En esta última época hay una alteración de la fuerza político-militar y como consecuencia de ello se perderá el monopolio de la violencia por parte del Estado-Nación, surgiendo “entrepreneurs” militares (terroristas, guerrillas, señores de la guerra, carteles de la droga, corporaciones multinacionales) que tomarán parte en la guerra poniendo en cuestión la legitimidad y la supervivencia del Estado Nación durante el siglo XXI. Delmas (1996) sostiene en este sentido que la guerra ya no nace de la potencia de los Estados sino de su fragilidad e inestabilidad, las cuales se manifiestan sobre todo en el elemento central sobre el que se funda cualquier Estado que es el monopolio del ejercicio de la violencia en un territorio dado. Delmas postula asimismo, que las ambiciones de los Estados no provocarán las guerras por venir sino que las debilidades de estos son las que desatarán los conflictos del futuro, ya que en materia de seguridad, el orden internacional reposa sobre el principio de Estados soberanos, es decir, capaces de asegurar su propia cohesión. Bartolomé (1999) ampliando este concepto nos habla de los “Estados Fallidos o Disfuncionales” que son aquellos Estados incapaces de sostenerse a sí mismos como miembros de la comunidad internacional. Estos Estados se distinguen por mantener escasas instituciones estatales en funcionamiento, ofrecer pocos o nulos servicios públicos, carecer de la autoridad necesaria para adoptar decisiones

que alcancen a todos los ciudadanos, no poder ejercer el control físico sobre su territorio, ser incapaz de contener la fragmentación social y ver disputado su monopolio legal de la fuerza.

Kaplan (2004) en su libro “El retorno de la antigüedad” intenta explicar la crueldad del mundo moderno apoyándose en los antiguos. Kaplan plantea a grandes rasgos que el triunfo de la democracia liberal y la economía de mercado (capitalismo) va generar más conflictos por la irrupción de las masas en los países emergentes. En este sentido, los males del siglo XXI derivaran de movimientos populistas, que se aprovecharán de la democratización, motivados por creencias religiosas y sectarias y fortalecidos por la revolución posindustrial, particularmente en lo relacionado con las tecnologías de la información. La asimetría concede a terroristas y criminales informáticos su fuerza, por cuanto estos adversarios actuarán fuera de las normas y valores aceptados internacionalmente en un plano en que la atrocidad es una forma legítima de guerra. Kaplan parte del supuesto de que la libertad política genera una forma de violencia que los occidentales desprecian y no consideran relevante, como por ejemplo aquella que es necesaria para la implantación de la democracia en los países africanos. Otro problema que plantea es si las naciones poderosas realmente están interesadas en intervenir en un conflicto por razones humanitarias, o sólo lo hacen para defender sus propios intereses. Ramonet (2002), analizando los miedos y amenazas provocados por la globalización y los atentados del 11 de septiembre de 2001, llega a la conclusión de que el espectro de nuevas amenazas mundiales parecen pertenecer a dos categorías bien definidas: de un lado, las crisis geopolíticas provocadas por el terrorismo, el ultranacionalismo y el fundamentalismo; por el otro, los daños al ecosistema que derivan en catástrofes naturales e industriales de grandes proporciones. Según Ramonet hay dos factores que deben tenerse en cuenta para encarar la solución de estas problemáticas y que definen las características del mundo contemporáneo: la preponderancia global de los Estados Unidos (“domina el mundo como ningún otro imperio lo ha hecho jamás, su supremacía es aplastante en las cinco esferas tradicionales del poder: política, económica, militar, tecnológica y cultural”) y lo que el autor llama la dinámica de la globalización, en cuanto mundialización de los preceptos económicos neoliberales, una segunda revolución capitalista.

Castells habla del concepto de guerra en red y del surgimiento de un nuevo tipo de conflictos donde la población civil es el principal núcleo afectado de los mismos. Asimismo, destaca el incremento de la violencia en zonas urbanas, el involucramiento de poblaciones enteras y la asimetría de las partes enfrentadas. Delpech (2006), asesora del ex primer ministro francés Alain Juppé, en su ensayo "El retorno a la barbarie en el siglo XXI" nos alerta sobre las derivaciones no deseadas y no previstas de esta clase de conflictos, a saber: problemas relacionados con las tecnologías nucleares y la proliferación de armas de destrucción masiva, con catástrofes naturales, epidemias y pandemias, con guerras bacteriológicas y especialmente con el cáncer del terrorismo internacional. Con respecto a este último flagelo Delpech destaca que los terroristas están seguros que su relación con el tiempo, sumada a la fuerza de sus convicciones, constituye una de sus mayores ventajas sobre las sociedades occidentales. John Arquila y David Ronfeldt, investigadores de la Rand Corporation, hablan por su parte del concepto de "Netwar", modo emergente del conflicto en los distintos niveles de la sociedad, en el cual los protagonistas utilizan formas de organización en Red, prefieren las organizaciones dispersas, pequeños grupos e individuos, que se comunican, coordinan y conducen sus campañas de manera similar a la Internet, a menudo fuera de un comando central. Asimismo, postulan que las fuerzas revolucionarias del futuro estarán compuestas cada vez más por extensas redes multiorganizacionales que no tengan una identidad nacional particular, reclamen surgir de la sociedad civil e incluyan grupos e individuos agresivos, expertos en el uso de tecnología avanzada para las comunicaciones. Según estos autores los actores "Netwar" pueden ser agentes de un Estado o no, de alcance subnacional o transnacional, algunos con el objetivo de interrumpir y desorientar, otros con el de protestar contra instituciones que no consideran legítimas. Pero todas las variaciones que podamos considerar son atravesadas por un patrón subyacente: el uso de formas de organización en Red y doctrinas, estrategias y tecnologías adaptadas a la Era de la Información.

La idea clásica de la guerra es la de dos estados que dirimen algún tipo de conflicto, generalmente de carácter territorial, a través de combates y batallas librados con sus respectivas fuerzas armadas de manera abierta y convencional.

Enzensberger (1994) sostiene por el contrario que la guerra civil es el tipo originario de guerra, la forma primaria de todo conflicto colectivo. Para este autor la guerra entre estados constituye un fenómeno relativamente tardío. Enzensberger introduce el concepto de “guerra civil molecular” como derivado directo del fin de la Guerra Fría ya que la guerra vuelve a sus orígenes desde la cima del terror atómico hasta lo más primigenio y atávico de la violencia humana. La guerra civil molecular es una guerra que surge de la fragilidad del Estado, de su retracción en relación con sus habitantes y el consecuente incumplimiento de sus obligaciones básicas. La guerra es civil porque su protagonismo excede a las fuerzas armadas para alcanzar a toda la población. Es mundial porque las características distintivas de la misma se registran en todos los rincones del planeta. Es molecular por su carácter total y orientado a la aniquilación completa del enemigo u oponente. El profesor de la Universidad de Yales, Stathis Kalyvas, distingue tres tipos de guerra civil sobre la base de cómo se lucha en cada una, desarrollando asimismo los efectos de esas formas de lucha sobre los patrones de violencia de las distintas clases de guerras civiles. Estos tipos de guerra civil son:

- Guerra Civil Convencional: puede surgir de golpes militares fallidos o intentos de secesión en estados federales. Esta clase de guerra civil tiene lugar cuando las fuerzas armadas estatales existentes se dividen, sea por un golpe fracasado o porque una parte de un estado federal, que puede ejercer el control de una parte sustancial de las fuerzas armadas, intenta separarse. En general, las guerras civiles convencionales son poco frecuentes y sólo aparecen en circunstancias específicas y algo excepcionales. En contraste, todas las guerras interestatales se combaten de manera convencional.
- Guerra Civil Irregular: surgen incrementalmente y a menudo con lentitud desde la periferia de un estado, hacia los núcleos vitales del mismo. Implican un lento y paciente proceso de construcción del estado por una organización insurgente. La insurgencia, consciente de su debilidad inicial, evita los combates decisivos.
- Guerra Civil Simétrica – No Convencional: estas guerras las combaten fuerzas irregulares en ambos lados enfrentados después del proceso de colapso del estado, lo cual refleja la debilidad fundamental y la eventual implosión del actor

considerado. Esto implica la desintegración del ejército estatal y su reemplazo por milicias rivales, que se equipan en los arsenales y con los hombres del ejército.

De la Maisonneuve (1998) sostiene que la principal amenaza para nuestras sociedades es la de su propia descomposición bajo la presión de elementos combinados de desagregación y podredumbre. Esto viene tanto de la debilidad del poder del Estado como de la multiplicación de poderes, de la violencia social y de la inseguridad, de la constitución de zonas grises, de bandas descontroladas, de nichos de exclusión o de miseria. Todo esto es un caldo de cultivo para redes, bandas, mafias o grupos terroristas que explotan los resortes del progreso y los defectos de la economía de mercado. Asimismo hay desafíos contemporáneos que agravan la situación: la presión demográfica, el no desarrollo económico de algunas partes del mundo y la brecha tecnológica que se está ampliando entre algunos países ricos y el resto del mundo. La metamorfosis de la violencia resulta de esta mutación de las amenazas. La violencia es el problema capital de las sociedades modernas según De la Maisonneuve hay tres características que distinguen a los conflictos contemporáneos, a saber:

- Deslocalizado: salieron de los tradicionales campos de batalla para cercar a los grandes centros urbanos. Las batallas modernas tienen todos nombres de ciudades. Hay una urbanización de los conflictos.
- Desprofesionalizado: ya que en las guerras civiles los ejércitos profesionales son sólo un actor más y se involucra directamente a las poblaciones que son atacadas y llevadas a tomar partido.
- Deslegitimado: hay una enemistad absoluta y se utilizan medios absolutos ya que el objetivo último es destruir un orden político y social. Sin límites y sin reglas, la guerra se libera de todas las convenciones. No se respeta a nada y a nadie.

El Coronel Ralph Peters, analista de seguridad nacional estadounidense, escribe en "Fighting for the future: Will America Triumph?" que los soldados estadounidenses "están muy bien preparados para derrotar a otros soldados. Por desgracia los enemigos a los que probablemente nos enfrentaremos...no serán "soldados",

dotados de la disciplina y profesionalidad que esta palabra implica en Occidente, sino “guerreros” primitivos, erráticos de lealtad voluble, acostumbrados a la violencia y sin intereses en el orden civil. El “guerrero” es un combatiente primitivo de lealtades cambiantes, acostumbrado a la violencia y sin interés en el orden público. Los “guerreros” de hoy en día proceden a menudo de entre los cientos de millones de jóvenes desempleados del mundo en vías de desarrollo, irritados por las disparidades de distribución de la riqueza que acompañan a una globalización darwiniana que supone la supervivencia económica de los más fuertes. Los “guerreros” conscientes de sus limitaciones convencionales buscarán todas y cada una de las debilidades que presenta el estado y la cultura occidental. Si los intereses que están en juego son lo suficientemente vitales, emplearán todos los medios necesarios; por eso se llama también guerra irrestricta. Desde los ataques a los sistemas informáticos del Estado, hasta la llamada “Guerra Social”, pasando por el terrorismo y las armas QBN, todo vale. El campo de batalla, extendido, pierde sus dimensiones físicas y jurídicas, lo que implica la dificultad para determinar qué es y qué no es un soldado; qué es y qué no es un objetivo; qué es y qué no es una acción de guerra; qué es y qué no es un delito; qué es civil y qué es militar; qué es guerra y qué no lo es. La respuesta a todo esto es subjetiva: lo que para nosotros es terrorismo, para el “guerrero”, puede ser justicia o la más sublime expresión del arte militar. Algunos “guerreros” comprenden a aquellos individuos provenientes de las clases sociales bajas, carentes de educación y con un gran resentimiento social, que encuentran un nuevo sentido de dignidad personal a partir de su incorporación a un grupo insurgente. Otros, son jóvenes que se ven repentinamente privados de educación y dirección por el colapso de instituciones estatales y sociales como la escuela y la familia. Bartolomé (2006) destaca que en estas “nuevas guerras” se refleja claramente la fragmentación social que caracteriza a las sociedades modernas donde se percibe la existencia de sectores sociales con tendencia a formar sus propias normas y valores, aislándose del resto de la sociedad y acentuando de ese modo su particularismo y su interpretación parcial de la realidad. Esta anomia social, entendida como el debilitamiento de los mecanismos de control normativos e institucionales, de valores tradicionales y pautas de conducta social, tienen su contracara en el bajo grado de institucionalidad que caracteriza a los Estados contemporáneos. Otro de los problemas es la identificación del enemigo, los “guerreros” compensan su desventaja en poder de fuego respecto de las fuerzas

estatales con su habilidad para pasar relativamente desapercibidos. Raramente están uniformados o usan insignias que los identifiquen, siendo la sorpresa su carta más letal. Bonavena y Nievas (2015) señalan acertadamente que en este tipo de conflictos las operaciones de inteligencia tiene una importancia creciente no sólo por la importancia de conocer a un enemigo difuso sino también a la necesidad de producir legitimidad del propio accionar e ilegitimidad del enemigo. En este sentido, las operaciones psicológicas buscan por un lado tornar moralmente aceptables las operaciones militares del propio bando y, por el otro, deslegitimar las operaciones militares del bando enemigo y al enemigo como tal.

Rana (2002) al analizar la evolución de los conflictos armados discrimina cuatro generaciones. Los conflictos de “primera generación” son los enfrentamientos de bloque motivados por la búsqueda del poder o diferencias ideológicas, como por ejemplo la Primera y Segunda Guerra Mundial. Los conflictos de “segunda generación” son acciones bélicas entre dos Estados, fundamentalmente por reclamos territoriales, es decir la guerra de molde clásico. Los conflictos de “tercera generación” son enfrentamientos internos donde la autoridad del Estado es cuestionada por grupos organizados que buscan beneficios políticos o económicos, o sea las guerras civiles macroscópicas. Finalmente, los conflictos de “cuarta generación” constituyen una nueva categoría que aparece en el horizonte mundial, donde no hay adversarios organizados, no hay objetivos establecidos, no hay líderes y no hay campo de batalla. Se caracterizan por la explosión repentina e intensa de la violencia, por lo que resulta extremadamente difícil cualquier posibilidad de predicción. Diferenciar entre la víctima y el victimario es imposible, ya que en estos conflictos la sociedad civil está en guerra consigo misma. Los instrumentos de combate utilizados en este tipo de conflicto no requieren entrenamiento formal ni intensivo. El conflicto de cuarta generación se define por la utilización esporádica de la violencia por un número indeterminado de personas que puede devenir en:

- Un conflicto que alcanza un alto nivel de violencia en un corto período de tiempo al adquirir dimensiones étnicas o comunales.
- Enfrentamientos de baja intensidad en el transcurso de un largo período de tiempo.

- Un conflicto latente, no activo, en el cual grupos marginales y criminales comunes pueden recurrir esporádicamente a la violencia.

Cada sucesiva generación de conflictos se desarrolla utilizando armas de menor sofisticación tecnológica, es generalmente menos predecible, y resulta más difícil de enfrentar mediante los medios militares tradicionales. Lind (1989) también nos habla de cuatro generaciones pero su análisis pone el acento en la preponderancia de los avances tecnológicos para determinar la naturaleza del conflicto. Para Lind, la guerra de la primera generación surgió alrededor de 1648, estaba basada en el fusil de cañón liso y las tácticas concentradas en la línea y la columna. Esta generación de la guerra era lineal y presencié el despliegue de pequeños ejércitos profesionales que dependían de la práctica rígida para aumentar su potencia de fuego. En la guerra de la segunda generación las tácticas permanecieron lineales a pesar de que el fuego y el movimiento eran comunes mientras las tropas se desplazaban lateralmente. El fuego de apoyo masivo reemplaza al enfrentamiento de masas de hombres. La más saliente diferencia con la primera generación fue la fuerte dependencia del apoyo de fuego indirecto de artillería. La potencia de fuego en masa producto de la revolución industrial comenzaba a dominar el campo de batalla. La guerra de la tercera generación se basó en las ideas en lugar de la tecnología. Las tácticas de infiltración alemana ideadas durante la 1ra Guerra Mundial eran verdaderamente no lineales, lo cual dio por resultado que se dependiera de la maniobra en lugar del desgaste gradual de recursos militares para destruir una fuerza enemiga. Estos conceptos fueron aplicados a la creación del tanque y abstraídos al nivel operacional para formar la base de las campañas de la guerra relámpago (“blitzkrieg”) de la 2da Guerra Mundial, las cuales estaban concentradas alrededor del tiempo y no del lugar. Finalmente, la guerra de la cuarta generación está basada en las ideas, en particular las ideas no occidentales, enfatizándose el rol de las operaciones psicológicas y el manejo, en este sentido, de los medios masivos de comunicación social. El terrorismo, el cual sobrepasa las fuerzas militares tradicionales y ataca directamente a la población civil de una nación, es considerado un componente importante de este modo de guerra. La base transnacional o no nacional del terrorismo lo hace extremadamente difícil de combatir. Los conflictos de cuarta generación tienen como campo de batalla a la sociedad en su conjunto, no hay límites claros entre guerra y paz, entre

combatientes y no combatientes, no pudiéndose identificar claramente los límites del campo de batalla. Esta forma de guerra no es típica de una guerra trinitaria y, por ello, es posclausewitziana. Van Creveld (2007), plantea en ese sentido que la tríada clausewitziana “Pueblo-Fuerzas Armadas.-Gobierno” ha quedado superada por la evolución de la civilización. En la interpretación de Van Creveld, el autor prusiano definió la naturaleza de la guerra en función de tres rasgos: la hostilidad básica que generaría el conflicto, la aplicación de la violencia en un ambiente dominado por la incertidumbre y el azar, y el propósito que se pretende conseguir mediante el empleo de la violencia. Esas características se encarnarían en tres elementos: la hostilidad en el pueblo, la incertidumbre y el azar en el ejército y el propósito en el gobierno. En cambio, la tesis de Van Creveld se basa en tres ejes: obsolescencia del pensamiento de Clausewitz, desarticulación del Estado-Nación y que los ejércitos nacionales han dejado de ser los protagonistas centrales de la guerra. El concepto westfaliano del monopolio de la fuerza por parte del Estado, estaría obsoleto por cuanto la guerra, como la habíamos conocido, ya no es válida como recurso político. La existencia de los arsenales QBN la ha transformado y se desarrolla hoy como conflicto violento, disperso, de baja intensidad, fuera del marco del Derecho Humanitario, a través de bandas, guerrillas, mafias, etc, actores no estatales que cobran una importancia supina. El proceso ha sido gradual, desigual y espasmódico y el Estado ha tardado en reconocerlo. La desaparición del bipolarismo liberó fuerzas y conflictos antes controlados férreamente por las cabezas de cada bloque, a lo que se suma el avance de la tecnología y la urbanización en las zonas más deprimidas de los países en vías de desarrollo que han cambiado la naturaleza de las amenazas y de los conflictos. Los conflictos de baja intensidad son la ola del futuro y tienen cuatro características distintivas: se dan en regiones de bajo desarrollo socioeconómico; no demandan el empleo de armamento de alta tecnología; tienen un alto costo en vidas e involucran fuerzas regulares de un lado y milicias o guerrillas por la otra. Los cambios postulados por Van Creveld que presentan un nuevo tipo de conflicto de carácter “no trinitario” en el sentido clausewitziano traerán como consecuencia la falta de regulación convencional de los mismos. La serie de convenciones que antaño legitimaban la guerra, como por ejemplo las Convenciones de Ginebra, dejan de tener efecto en este nuevo tipo de conflictos ya que los actores no estatales que carecen de personalidad jurídica y son los nuevos protagonistas de los conflictos de baja

intensidad, no están insertos en el actual sistema jurídico internacional que regulaba sobre todo los viejos conflictos interestatales. En este sentido, Van Creveld sostiene que para combatir en conflictos de baja intensidad, el Estado se verá obligado a dejar de lado las convenciones establecidas y emplear procedimientos parecidos a los de los terroristas, como por ejemplo lo está haciendo actualmente el Ejército de los EEUU en la guerra mundial contra el terrorismo internacional que emprendió a partir de los atentados a las Torres Gemelas y el Pentágono en septiembre del 2001. La consecuencia de este obrar sin regulaciones y un marco legal como lo están haciendo los norteamericanos en Guantánamo puede llevar a la destrucción del ejército que lucha en este tipo de conflictos. Si los comandantes ordenan o permiten que los soldados transgredan las reglas, ellos sufrirán un colapso moral. Por otro lado, las guerrillas o los terroristas no se sienten obligados a respetar las convenciones internacionales y utilizarán la fuerza más brutal a su disposición para alcanzar sus objetivos, como lo están haciendo actualmente tanto Isis como Al Qaeda en la serie de atentados terroristas internacionales que han realizado en los últimos tiempos. Esta paradoja provoca en la visión de Van Creveld, que sea prácticamente imposible para las fuerzas convencionales ganar un conflicto de baja intensidad. Asimismo, esta falta de respeto por las leyes y convenciones que regulan a los conflictos actuales es la que provoca que no exista una distinción entre soldados y la población civil y la que permite atacar sin restricciones monumentos culturales (como lo hicieron los talibanes con las estatuas históricas de los Budas de Bamiyan en Afganistán en el 2001) o emplear armas prohibidas (como lo hizo la secta Aum Shinrikyo empleando gas sarín en el metro de Tokio en 1995).

Hammes (1994) yendo más allá sostiene que hay elementos que permiten vislumbrar el surgimiento de una 5ta Generación de la Guerra. Entre los cambios importantes que tuvieron lugar y que le permiten postular su teoría Hammes destaca a los siguientes:

- El cambio estratégico - la primacía de la comunicación: las comunicaciones se han vuelto el elemento principal en las campañas de comunicación estratégica. En la actualidad, es inconcebible planificar operaciones militares sin el apoyo de los

medios de comunicación social, y en ciertos casos, es la maniobra militar la que refuerza el mensaje.

- La transformación organizacional: las organizaciones guerrilleras de la 4ta generación copiaban el modo organizacional de la sociedad en la que estaban insertas. Al organizarse la sociedad contemporánea en “redes”, las organizaciones guerrilleras también lo hacen.
- La transformación de los participantes (quién lucha y por qué): de acuerdo al interés e intensidad con que se perciban los intereses será el esfuerzo realizado por los actores. El conocer la motivación de éstos permitirá establecer que límites pondrán al empleo de la violencia.
- Empleo de armas de destrucción masiva por parte de mayor cantidad de actores.
- Las policías militares privadas presentan el problema de que escapan al control de los Estados.
- La intensificación asimétrica lateral: crear una distracción, una presión en otro lado.

Como consecuencia de estos cambios Hammes señala como características distintivas de la 5ta generación a las siguientes:

- Transformación de las lealtades políticas y sociales: sumado a la crisis en el individuo, la sociedad y el Estado, la mayor velocidad en las comunicaciones facilita el traspaso hacia las causas de otros actores.
- Mayor poder de grupos cada vez más pequeños: casi hasta llegar al nivel individual.
- La biotecnología: técnica que revolucionó la economía mundial e introdujo la posibilidad de desarrollar virus sintéticos.
- Guerra “Net – Jet”: los combatientes se conocen a través de Internet y el agente contaminante se difunde a través del avión.

El Tcnl estadounidense Frank Hoffman desarrollo la teoría de la Guerra Híbrida donde afirma que las contingencias futuras muy probablemente presentarán combinaciones singulares o amenazas híbridas específicamente diseñadas para

apuntar a las vulnerabilidades de su país. En vez de separar retadores con enfoques fundamentalmente diferentes (convencional, irregular o terroristas), Hoffman sostiene que se debe esperar enfrentar a adversarios que emplearán todas las formas de guerra y tácticas, simultáneamente. En su visión, ni la guerra convencional ni el conflicto interestatal están declinando, sino que está emergiendo una fusión de formas bélicas, que desdibuja el límite entre guerra regular e irregular. La actividad criminal puede ser también considerada como parte de este problema, ya que, aumenta la desestabilización del gobierno o ayuda a insurgentes o tropas irregulares proveyéndoles recursos o socavando al estado y su legitimidad. Las amenazas híbridas incorporan una gama completa de diferentes maneras de hacer la guerra, incluyendo capacidades convencionales, tácticas y formaciones irregulares, actos terroristas que incluyen violencia y coerciones indiscriminadas y desorden criminal. Las Guerras Híbridas pueden ser conducidas tanto por estados como por una variedad de actores no estatales. Estas actividades multimodales pueden ser llevadas a cabo por unidades separadas o por la misma unidad, pero en general se dirigen y coordinan operativa y tácticamente dentro del mismo espacio de batalla para lograr efectos sinérgicos en las dimensiones física y psicológica del conflicto.

Como síntesis de las ideas fuerza de todos los autores considerados podemos decir que en la nueva clase de guerra se ha producido una modificación sustancial de las variables operacionales que deben ser consideradas a la hora de planificar y encarar los conflictos del futuro, a saber:

- Espacio: no hay límites al Teatro de Guerra – que es global, es decir que se desarrollará en cualquier ámbito. Se amplió hasta exceder los espacios geográficos (típico ambiente de aplicación del poder militar) y se extendió a la sociedad, incluyendo los foros (espacio de aplicación del poder político) y los mercados (poder económico).
- Tiempo: se caracteriza por el empleo de la estrategia laxa (requiere tiempos prolongados) que apunta sobre la voluntad del oponente.

- Medios: todos están permitidos (QBN/R, piedras, armas portátiles, MCS). Los MCS cumplen un rol catalizador (acciones tácticas producen efectos estratégicos al tener difusión global).
- Tipo de conflictos. asimétricos, donde la respuesta de uno de los protagonistas frente a su oponente no enfatiza en la búsqueda de una paridad de fuerzas, sino en el empleo de tácticas no convencionales.
- Procedimientos: terrorismo / rehenes / francotiradores / Guerra social / operaciones psicológicas / operaciones de inteligencia.
- Naturaleza de los actores: por un lado va a haber un ejército regular, superior tecnológicamente, y por otro lado, una fuerza asimétrica que conformará guerrillas para alcanzar sus objetivos. Esta asimetría también se ve en cuanto a la voluntad, ya que el actor que está en inferiores condiciones puede asumir mayores riesgos pues tiene en juego sus intereses vitales, mientras que el actor superior no los tiene.
- DICA (marco regulatorio): el actor superior va a estar regulado por las leyes de su país, las leyes internacionales y las convenciones de Ginebra, mientras que el actor inferior no va a acatar ningún marco legal o regulatorio en su accionar.
- Tipo de organización prevaleciente: por un lado un ejército regular, tecnológicamente equipado y con gran cantidad de recursos y por otro lado guerrillas organizadas en células y redes.
- Influencia de la tecnología: en este tipo de conflictos la tecnología va a tener muy poca influencia en el desarrollo de los mismos, pues el enemigo inferior va a estar organizado en células y por lo tanto va a ser muy difícil detectarlo. En base a esto podemos afirmar que va a estar en todos lados, pero a su vez en ningún lado.
- Grado de hostilidad: va a estar dado por el odio, la hostilidad absoluta que se traduce asimismo en una denominada guerra absoluta.
- Motivación: va a ser mayor en el actor asimétrico dado que este va a influir en la mente de las masas y a falta de recursos tecnológicos va a emplear las operaciones psicológicas para el logro de sus objetivos.

Conclusiones parciales

- La Revolución Islámica en Irán fue un acontecimiento que modificó significativamente la dinámica del conflicto de Medio Oriente poniendo fin al panarabismo y sumando un nuevo actor que hasta ese momento había permanecido bajo la órbita de las potencias occidentales y que a partir de la llegada de Jomeini al poder se constituyó en el principal soporte del islamismo, sobre todo de raíces chiitas, en la política internacional.
- La influencia de la Revolución Islámica de Irán encontró un caldo de cultivo propicio en el Líbano, donde la organización chiita Hezbolá, que se formó después de la invasión israelí de 1982, levantó las banderas de la revolución, declarando como objetivo la creación de una república islámica en el Líbano y la lucha contra la ocupación israelí del sur del país. Hezbolá aprovechó inteligentemente las carencias de la comunidad chiita libanesa desarrollando actividades sociales y políticas en aquellas zonas donde no llegaba la mano del débil Estado libanés. Pero principalmente la organización desarrolló un aparato militar clandestino que utilizando como armas las actividades guerrilleras y sobre todo el terrorismo, se constituyó en la vanguardia de la resistencia libanesa contra la ocupación israelí del sur del país.
- La guerra de resistencia iniciada por Hezbolá contra la ocupación israelí presenta ciertas características distintivas que preludian a aquellas que en nuestros días distinguen a los conflictos que marcan la actual agenda internacional. La evolución de los conflictos armados y el carácter de la guerra contemporánea ha sido estudiada por numerosos analistas provenientes de distintas disciplinas quienes nos han llamado la atención sobre que en el carácter de la guerra postmoderna se ha producido una modificación sustancial de las variables operacionales que deben ser consideradas a la hora de planificar y encarar los conflictos del futuro, ya que siguiendo la máxima de Clausewitz, el determinar la naturaleza del conflicto en el cual las fuerzas militares están insertas constituye uno de los aspectos más importantes a la hora de planificar la próxima guerra.

Conclusiones

Entendemos que la hipótesis planteada de que la Primera Guerra del Líbano fue un conflicto enmarcado en la Guerra Fría y en el enfrentamiento árabe-israelí en el cual surge un nuevo actor estratégico, la organización islámica chiita libanesa Hezbolá, que mediante la utilización táctica y estratégica del terrorismo constituye un precedente insoslayable para comprender las características de la guerra contemporánea, ha sido verificada de acuerdo a los fundamentos que se exponen a continuación:

- La Primera Guerra del Líbano se libró en el marco del período histórico de la Guerra Fría, conflicto que dividió al planeta en dos bloques regionales que durante casi medio siglo compitieron por la hegemonía global. El temor a una catástrofe nuclear que acabara con la humanidad provocó que los conflictos de índole convencional, como en caso de nuestro objeto de estudio, se circunscribieran a zonas alejadas de EE.UU y Europa. La lógica de la Guerra Fría alcanzó a todos los rincones del planeta, siendo uno de los centros paradigmáticos de conflicto la región de Medio Oriente.
- La Primera Guerra del Líbano puede entenderse como un eslabón más de los distintos conflictos árabes-israelíes que aquejaron a la zona del Medio Oriente a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y que condenaron a la inestabilidad y a la guerra a esta región del planeta. En este sentido, la Operación “Paz para Galilea” es un jalón más de los distintos hitos que caracterizan al accionar israelí por su supervivencia desde la proclamación del Estado de Israel en 1948.
- La organización chiita libanesa Hezbolá, que se formó después de la invasión israelí de 1982, levantó las banderas de la Revolución Islámica Iraní, declarando como objetivo la creación de una república islámica en el Líbano y la lucha contra la ocupación israelí del sur del país. Hezbolá desarrolló un aparato militar clandestino que utilizando como armas tácticas y sobre todo estratégicas las actividades guerrilleras y sobre todo el terrorismo, se constituyó en la vanguardia de la resistencia libanesa contra la ocupación israelí del sur del país.

- La guerra de resistencia iniciada por Hezbolá contra la ocupación israelí presenta ciertas características distintivas que preludian a aquellas que en nuestros días distinguen a los conflictos que marcan la actual agenda internacional como los de Afganistán, Iraq y Siria. El terrorismo y la guerra asimétrica planteada por Hezbolá ante hasta el entonces invencible ejército israelí ha sido tomada como ejemplo por otras organizaciones terroristas islamistas pero de orientación sunita como los Talibanes, Al Qaeda e Isis que representan una inquietante amenaza para el mundo Occidental.

Conclusiones finales

- Desde el punto de vista de la Historia Militar Contemporánea.

La lógica de la Guerra Fría alcanzó a todos los rincones del planeta, siendo uno de los centros paradigmáticos de conflicto la región de Medio Oriente. Asimismo, el fin del mandato británico y la división de Palestina en la ONU en 1947 inauguraron la era del choque de dos nacionalismos en Medio Oriente, el sionismo y el panarabismo. La serie de conflictos armados que protagonizaron Israel y sus vecinos árabes (la Guerra de la Independencia, el conflicto por el Canal de Suez, la Guerra de los Seis Días y la Guerra del Yom Kippur) a lo largo de la segunda mitad del siglo XX condenaron a la inestabilidad y a la guerra a la región de Medio Oriente. La Primera Guerra del Líbano puede entenderse como un eslabón más de los distintos conflictos árabes-israelíes que aquejaron a esta región del planeta.

- Desde el punto de vista de la Geopolítica.

La región de Medio Oriente, en la cual se haya inserta el Líbano, se caracteriza por su extremada complejidad ya que hay una intrincada red de intereses internos y externos al área compuesta por elementos religiosos, culturales, económicos, políticos y militares que hacen de esta región del mundo el centro de históricas problemáticas de índole geopolítica. En este sentido, este sector del mundo ha sido el escenario donde se han enfrentado los intereses geopolíticos de los

imperios europeos con los intereses geopolíticos del sionismo internacional por un lado y de los pueblos árabes por el otro, hecho que convirtió a esta zona del planeta en una de las regiones más conflictivas del globo cuando en 1948 se creó el Estado de Israel en la Palestina británica. La historia de Medio Oriente está marcada por dinámicas de fragmentación, propias de la evolución de las sociedades locales pero también alentadas externamente no sólo por los actores regionales de mayor peso sino también por la influencia de las superpotencias que rigieron los destinos de todos los rincones de la humanidad durante la Guerra Fría.

- Desde el punto de vista de la Política Internacional Contemporánea.

Las amenazas más importantes a la seguridad internacional, en la actual post-Guerra Fría, se concentran en las denominadas amenazas transnacionales, una de las cuales es el terrorismo. El análisis de la Primera Guerra del Líbano resulta fundamental en este sentido pues como respuesta a la intervención israelí de 1982, conocida como Operación "Paz para Galilea", surge la organización islámica chiíta libanesa Hezbolá, responsable de gran cantidad de atentados terroristas no sólo en territorio libanés sino en todo el mundo.

- Desde el punto de vista del Pensamiento Militar Contemporáneo.

El carácter de la guerra está siempre sujeto al cambio, tanto como los cambios que sufre el contexto en el cual se desarrolla, más su naturaleza es fija. El pensamiento militar constituye el conjunto de puntos de vista referido a las concepciones acerca de la guerra, la estrategia y la teoría militar que existen en una determinada época y en un determinado ámbito geográfico. Se manifiesta, fundamentalmente, en las obras de los autores interesados en aquellos asuntos, en la doctrina militar, en los planes militares, así como en las mismas operaciones. En este sentido, el análisis de la Primera Guerra del Líbano, nos ayuda a vislumbrar los cambios más importantes y distintivos en el carácter de la guerra contemporánea.

Aporte profesional.

El primer aporte que entendemos ofrecer es el del conocimiento de un tema que no ha sido muy profundizado en nuestro país como hemos señalado en la introducción del presente trabajo.

En segundo lugar, el análisis de este conflicto nos lleva a interiorizarnos sobre las distintas problemáticas que atañen a la región de Medio Oriente que es una de las regiones clave del planeta y que marca la agenda de la política internacional contemporánea.

Finalmente, el estudio de las tácticas y estratégicas aplicadas por la organización libanesa chiita Hezbolá en este conflicto nos aportan una luz para poder entender la evolución de los conflictos armados y el carácter de la guerra contemporánea donde el terrorismo internacional tiene un papel tan relevante.

BIBLIOGRAFÍA

Barker, A. (1974). La Guerra de los Seis Días. Madrid: Editorial San Martin.

Barker, A. (1975). La Guerra del Yom Kippur. Madrid: Editorial San Martin.

Bartolomé, M. (1999). La Seguridad Internacional en el año X después de la Guerra Fría. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.

Bartolomé, M. (2006). La Seguridad Internacional Post 11-S. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.

Bonavena, P. y Nievas, F. (2015). Guerra: Modernidad y contramodernidad. Buenos Aires: Editorial Final Abierto.

Borrelli, M. y Saborido, M (2016). Historia del fundamentalismo islámico desde sus orígenes hasta el ISIS. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Brieger, P. (1996). ¿Guerra santa o lucha política? Entrevistas y debates sobre el Islam. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Corrales, D. y Locatelli, O. A. (2017). Isis y el laberinto de Medio Oriente. Buenos Aires: Editorial Universitaria del Ejército Argentino.

De Arístegui, G. (2004). El islamismo contra el islam. Las claves para entender el terrorismo yihadista. Barcelona: Ediciones B.

De la Maisonneuve, E. (1998). La metamorfosis de la violencia. Ensayo sobre la guerra moderna. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Delmas, P. (1996). El brillante porvenir de la guerra. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

Delpech, T. (2006). El retorno a la barbarie en el siglo XXI. Buenos Aires: Editorial El Ateneo.

Echeverría, J. D. (2009). Paz para Galilea. Paz para el Líbano. Buenos Aires: Editorial Círculo Militar.

Derghougassian, K. (2017). Todo lo que necesitas saber sobre el conflicto en Medio Oriente. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Enzensberger, H. (1994). Perspectivas de guerra civil. Barcelona: Editorial Anagrama.

Esposito, J. (2003). Guerras Profanas, Terror en nombre del Islam. Barcelona: Ediciones Paidós.

Garaudy, R. (2001). Los integrismos. El fundamentalismo en el mundo. Barcelona: Editorial Gedisa.

Hourani, A. (2003). La historia de los árabes. Barcelona: Javier Vergara Editor.

Huntington, S. (1997). El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Jaber, H. (1997). Hezbollah. New York: Editorial Columbia University Press.

Juergensmeyer, M. (2001). Terrorismo religioso. El auge global de la violencia religiosa. Madrid: Siglo XXI editores.

Kaplan, R. (2002). El retorno de la antigüedad. La política de los guerreros. Barcelona: Ediciones B.

Katz, S. (2009). Unidades de élite de Israel. Barcelona: Editorial Osprey.

Kepel, G. (1991). La revancha de Dios. Madrid: Editorial Anaya-Muchnik.

Kepel, G. (2000). La Yihad. Expansión y declive del islamismo. Barcelona: Ediciones Península.

Klare, M. (2003). Guerras por los recursos. El futuro escenario del conflicto global. Barcelona: Ediciones Urano.

Hammes, T. (1994). The Evolution of War: The Fourth Generation, Marine Corps Gazette.

Hoffman, B. (1999): A mano armada. Historia del Terrorismo. Madrid: Editorial Espasa Calpe S.A.

Levitt, M. (2015). Hezbolá. Las huellas en el mundo del partido de Dios. Buenos Aires: Editorial Hojas del Sur.

Lind, W; Nightengale, K; Schmitt, J; Sutton, J y Wilson, G. (1989). The Changing Face of War. Into the Fourth Generation, Marine Corps Gazette.

Locatelli, O. (2015). Bint J'Bell. Fortaleza inexpugnable de Hezbollah. Buenos Aires: Editorial Universitaria del Ejército.

Maffey, J. (1979). La Guerra Árabe-Israelí. Buenos Aires: Círculo Militar.

Marini, J. (1986). El Conocimiento Geopolítico. Buenos Aires: Círculo Militar.

Marini, J. (1988). Geopolítica en el Medio Oriente. Buenos Aires: Círculo Militar.

Ostrovsky, V. y Hoy, C. (1991). Mossad: Confesiones de un desertor. Buenos Aires: Editorial Planeta.

O'Sullivan, N. (Comp.) (1987). Terrorismo ideología y revolución. Madrid: Editorial Alianza.

Ramonet, I. (2002). Guerras del Siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas. Buenos Aires: Editorial Mondadori.

Rana, S. (2002). Conflictos de cuarta generación, en Nueva Inteligencia, vol. 1, núm. 2. Buenos Aires: ENI.

Raviv, D. y Melman, Y. (1991). Espías. La historia secreta de los servicios de inteligencia de Israel. Buenos Aires: Editorial Planeta.

Reinares, F. (1998). Terrorismo y antiterrorismo. Barcelona: Editorial Paidós.

Saborido, M. y Borelli, M. (2016). Historia del fundamentalismo islámico desde sus orígenes hasta el Isis. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Toffler, A. y H. (1994). Las Guerras del Futuro. La supervivencia en el alba del Siglo XXI. Barcelona: Editorial Plaza y Janes.

Van Creveld, M. (2007). La Transformación de la Guerra. Buenos Aires: J. Uceda Editor.